





Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Vamos, no seas tonta, que más de cuatro quisieran un novio como yo, con los papeles debajo del brazo.



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al *ro* rostro su tersura y lozanía *ro*

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1

MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de mayo.



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 127.

13. — Jeroglífico aceitoso.

Ganadero del toro "Dánés", que hirió gravemente a Pacomio Peribáñez.

G

**1 SEPTENTRIÓN
MATÓ A FAVILA**

14. — Escritor.

**MONEDA FRANCESA,
PETRÓLEO — 50
IGNOMINIA**

15. — Charada de droguería (con un poco de plagio).

— *Prima-dos, ¿cuarta prima?*
— *¿Cuarta cuarta prima prima-dos?*
— *Sí. ¡Menudo terciados estoy pasandol!*
— *Pues prima-dos prima todo.*

16. — De historia...

**SIETE DE OROS
T T T
T
A**

17. — Apellido.

**DE VIENA
IMPERIO**

18. — De Carnaval.

¿Qué hacen los alumnos aplicados?

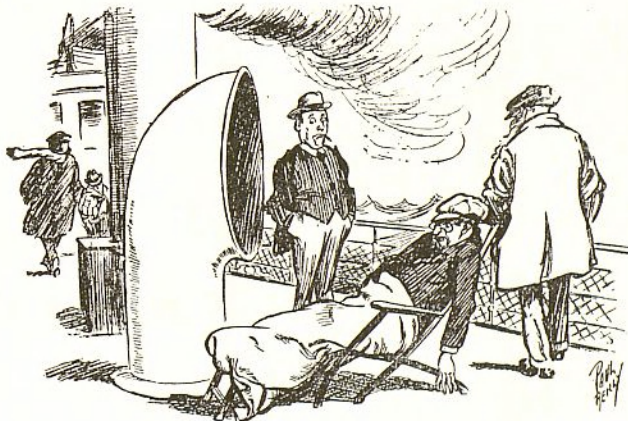
RECIPIENTE

CUPÓN

correspondiente al número 129 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL ENTUSIASTA DEL RADIO. — *Estoy esperando hace una hora. ¿Es que no va a empezar el concierto?*

(De Judge, de Nueva York.)

BUEN HUMOR se vende en París en el kiosco 1.º del bulevar
~ ~ **de la Magdalena (frente al número 27)** *~ ~*



**¿SIENTE USTED
PLACER**
cuando se afeita? Seguramente, si usa usted

JABÓN GAL
para la barba

Hace del afeitado una operación fácil y agradable. Su espuma, consistente y untuosa, permite que la hoja se deslice rápida y suave sobre la piel, dejándola fresca y deliciosamente perfumada

Barra, 1,50 en toda España.
Perfumera Gal.-Madrid.

RIBAS



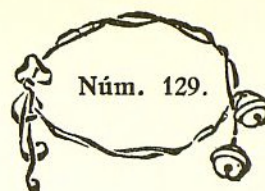
una
bue
tan
seri
sita
co a
gan
de l
ner
men
pre
lios
C
som
rar
sís
nias
D
nun
jam
sab
que
exp
del
dad
te
hac
dici
serv
aqu
tigi
der
una
¿Ne
cua
ción
Lo
que
pon
men
en a
org
N
que
al
pre
par



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 18 de mayo de 1924.



COSITAS BUENA PUNTERÍA



CUANDO don Jesús Andréu, «el señor de Madrid», recibió la visita de aquellas personalidades pueblerinas y escuchó su proposición, se quedó perplejo y sin saber qué contestar.

Venían a convidarle a una pequeña partida de caza. Aquella buena gente, para celebrar la breve estancia en el pueblo de aquel señor tan serio y tan respetado, que sólo iba a visitar sus propiedades cada cuatro o cinco años, no imaginó cosa mejor que organizar un día de caza allá en el monte de los Miyares y encargar al peón caminero, célebre por los guisos que condimentaba su mujer, que ésta preparase un par de corderillos para almorzar.

Complacidos de su idea, sonrientes y satisfechos, esperaron la respuesta de don Jesús, sin pensar en que le ponían en un verdadero aprieto.

Don Jesús no había cazado nunca. No había disparado jamás un arma de fuego, y no sabía de la cinegética sino lo que decía en sus tartarinescas expansiones algún contertulio del café. Y de esto, la perplejidad con que escuchó el convite que le proponían. ¿Qué hacer? ¿Aceptar y hacer el ridículo durante todo un día, servir de objeto de burla a aquellos hombres y desprestigiarse, ya que allí se consideraba ser buen cazador como una cosa muy transcendental? ¿Negarse? ¿Buscar un pretexto cualquiera y rehuir la invitación? Tampoco podía hacerlo. Lo tomarían a mal; creerían que era hacerlos de menos poner una excusa sin fundamento para no acompañarles en aquella cacería, que habían organizado en su honor.

No tuvo, pues, más remedio que dar las gracias y aceptar, al parecer muy complacido, preguntando algunos detalles, para mostrarse interesado, y

pedir a uno de ellos que le prestase una de sus escopetas, por tener las suyas en Madrid.

Todos se despidieron de casa del juez, en donde Andréu se alojaba, sumamente satisfechos y enorgullecidos de la llaneza y la cordialidad con que don Jesús les había tratado.

— Es lo mejor que has podido hacer — le dijo el juez, su amigo, cuando ya los hubieron dejado solos —. Ya sé que no eres aficionado a la caza, y que no darás una; pero hubieras perdido todas sus simpatías si te hubieras negado a acompañarlos.

— Por eso, comprendiéndolo así, he aceptado. Pero me fastidia enormemen-

te el ridículo que voy a hacer. Me parece que escucho ya las bromitas y que veo los gestos de burla. Adivino la opinión que formarán de mí cuando sepan que don Jesús, nada menos que don Jesús, con lo que ellos me admiran, no sabe cazar. ¡Voy a ser la irrisión de todos! Y luego, tras una pequeña pausa: — Y también te temo a ti. Tú vas a ser el primero en reírte. Tú serás el que haga la primera frase. Eres muy guasón, querido; te conozco bien. Y tu afición a la burla puede más que tu amistad.

Por más protestas que hizo el juez de no tomar a chacota la falta de costumbre de su amigo, don Jesús no cejaba en sus lamentaciones.

— Mañana mismo regreso a Madrid — aseguró éste en el colmo de su horror al ridículo.

— No, hombre. ¿Por qué? Mira que van a creer que has adelantado el viaje por no acompañarles. De más saben ellos que ibas a estar aquí hasta fin de semana. Para eso, haberte negado con cualquier pretexto.

Y como Andréu prosiguiera afirmando su decisión de regresar inmediatamente, el juez hubo de prometerle bajo palabra de honor que, no sólo no trataría de burlarse de su impericia, sino que se encargaría de que fuesen los otros los que resultasen burlados.

— Acaba de ocurrírseme una broma definitiva. Tan definitiva, que puede que la tomen a mal. Pero no importa. Quedarás como hombre de una puntería indiscutible.

Por más que le rogó, no pudo conseguir don Jesús que el juez le dijera más acerca de la broma que pensaba dar a los organizadores de la cacería; pero, confiado ya en la palabra de su amigo, desistió de adelantarse su viaje y se dispuso a satisfacer su curiosidad cuando, pasados los



Dib. SILENO. — Madrid.

tres días que faltaban, llegase la fecha elegida.



Muy de madrugada del día señalado, y no más levantarse, el juez entregó a Andréu una pistola, advirtiéndole al mismo tiempo:

— Está cargada sólo con pólvora. Puedes, por tanto, dispararla cuando yo te lo indique, sin temor de cometer un homicidio.

Don Jesús no comprendió al principio qué iba a hacer en una cacería con una pistola, que además estaba cargada con pólvora sola; pero, acordándose de la promesa de la broma, se la guardó sin decir palabra.

Llegados que fueron todos, y dispuestos los caballos que habían de cabalgar hasta el monte, salieron hacia él, envueltos por la niebla de la amanecida y procurando permanecer silenciosos para que el frío no se les entrara por la boca.

Por fortuna, antes de llegar, el sol pudo deshacer la niebla, el azul lució en el cielo y todos se prometieron un día espléndido que ayudaría a sus propósitos de diversión.

Saludados por el peón caminero, quien les prometió que al mediodía podrían reponer con un buen almuerzo las fuerzas perdidas por el ejercicio, y quien les hizo entrega de los perros llevados el día anterior, se internaron en el monte.

Sonaron los primeros disparos, y Andréu, con la escopeta en la mano, se dedicó a ver cómo los otros perseguían

las piezas con el fuego de sus armas. Hasta que...

— ¡Señor Andréu!... ¡Don Jesús!... ¡Una liebre!... ¡Una liebre!...

Andréu, todo azarado y confuso, se echó la escopeta a la cara y, ¡pum!..., un perro muerto.

Con toda discreción se procuró hacer caso omiso del incidente y se reanudó la caza. Y de pronto...

— ¡Don Jesús!... ¡Tire, don Jesús!...

Andréu volvió a echarse la escopeta a la cara y, ¡pum!..., otro perro muerto.

Todos palidieron, y dieron gracias a la divina Providencia y a la diosa Casualidad, que les había deparado el favor y la suerte de que aquellos dos disparos tan seguros y bien dirigidos no hubiesen hecho blanco en ellos como lo habían hecho en los dos pobres canes.

El juez creyó llegado el momento de su intervención.

— Miren ustedes — dijo —. Don Jesús no está muy bien entrenado en la caza con escopeta. Pero no por eso deja de ser un buen tirador..., pero con pistola. Está acostumbrado de toda su vida a no usar más que esta clase de armas, y es natural que no haga buenas punterías tirando con escopeta, que ha manejado muy poco.

Hizo un silencio, que los demás aprovecharon para decir a media voz que su puntería no era tan mala, que a cualquiera le hubiera sucedido lo mismo, etcétera. Y el juez prosiguió:

— Aquí, donde le tienen ustedes, don Jesús es el primer tirador de pistola que hay en España.

— ¡Hombre, por Dios! — protestó Andréu.

— ¡Tú te callas! No vengas con tus modestias ridículas. Van a ver ustedes cómo tira desde cien metros a una perra gorda y la parte en dos.

— No siempre iba a ser a los perros; ahora va a tirar a las perras — murmuró uno en voz queda.

— No sé si me atreveré — insinuó don Jesús, siguiendo la broma, pero un poco asustado.

— ¡No te vas a atrever! Miren ustedes si estaré seguro de que no le fallará el tiro, que no tengo inconveniente en ser yo el que sostenga la moneda que ha de servirle de blanco.

Se alejó unos ochenta metros, sacó una perra gorda, la puso entre las yemas del índice y del pulgar derechos y extendió rígido el brazo sobre su cabeza.

— ¡Tira! — gritó a don Jesús.

Andréu, recordando que la pistola estaba cargada con pólvora sola, y deseoso de seguir la broma para borrar su anterior ridículo, se dispuso a obedecer, pero sin adivinar qué fin pondría a aquello su amigo.

Todos estaban absortos y maravillados. Don Jesús sacó la pistola, extendió el brazo, apuntó e hizo fuego.

El juez echó a correr hacia ellos, prrumpiendo en gritos de alborozo.

— ¿Lo ven ustedes?... ¿Lo ven?... Ha tirado a una perra gorda y la ha partido en dos... ¿Lo ven ustedes?... ¿Se han convencido?...

Y les mostraba dos perras chicas.

ANTONIO GASCÓN

LA RADIOTELEMANÍA

EL FRACASO DE MARTIN Y MARTA CON MARTE

A don Martín Burriáñez se le estaba agigantando una cosa en la cabeza.

No obstante correr el mes de febrero — que es el que más corre — y sentirse un frío cumbrehimalayesco, tenía el rostro encendido, los ojos brillantes — si bien no legítimos —; parecía como si en su cara se estuviese celebrando una verbena; algo debía de fraguar, por lo incandescente que estaba.

Dolía horriblemente la cabeza, cosa no óbice para que siguiese madurando su verde plan, puesto que nunca usó de dicho adminículo para discurrir.

Sucedíale lo que a muchos de nuestros políticos: han visto lo cómodo que es llevar el sombrero en la cabeza, y sólo para eso la utilizan. Tienen una cabeza de percha, que viene a ser una cabeza de parche; más claro: que en el cuello termina su personalidad.

Cuántas veces don Martín había perdido la percha, y, no obstante llevar el sombrero en la mano, seguía haciendo su vida ordinaria — bañarse en verano,

viajar en tranvía, etc. —, hasta que se le restituían al punto de partida, merced al anuncio en el periódico: «... se gratificará, por ser recuerdo de familia.»

Don Martín decidió franquearse con su señora; pero el dolor de cabeza persistía implacable; era un dolor como todos los dolores: innecesario, algo así como la tasa de las subsistencias.

Don Martín cogió una caja de sellos de aspirina, y para franquearse se tomó un sello.

— ¡Marta, he decidido comunicarme con Marte!

— Escríbele.

— ¡Acéfala!

— ¡Riquín!

— Confundes los epítetos con los pipopos. ¡Eres un animal hembral!

— ¡¡Hombrell!

— ¡¡¡Hembrall!

— No te pongas así; creí sería algún amigo tuyo.

— ¡Ah, si quisiera concederme ese favor!...

— Podías convidarle a comer.

— Marta, discurre como un corcho. Marte es un planeta que se le supone habitado. ¡Ah, el primer hombre que consiga hablar con él...!

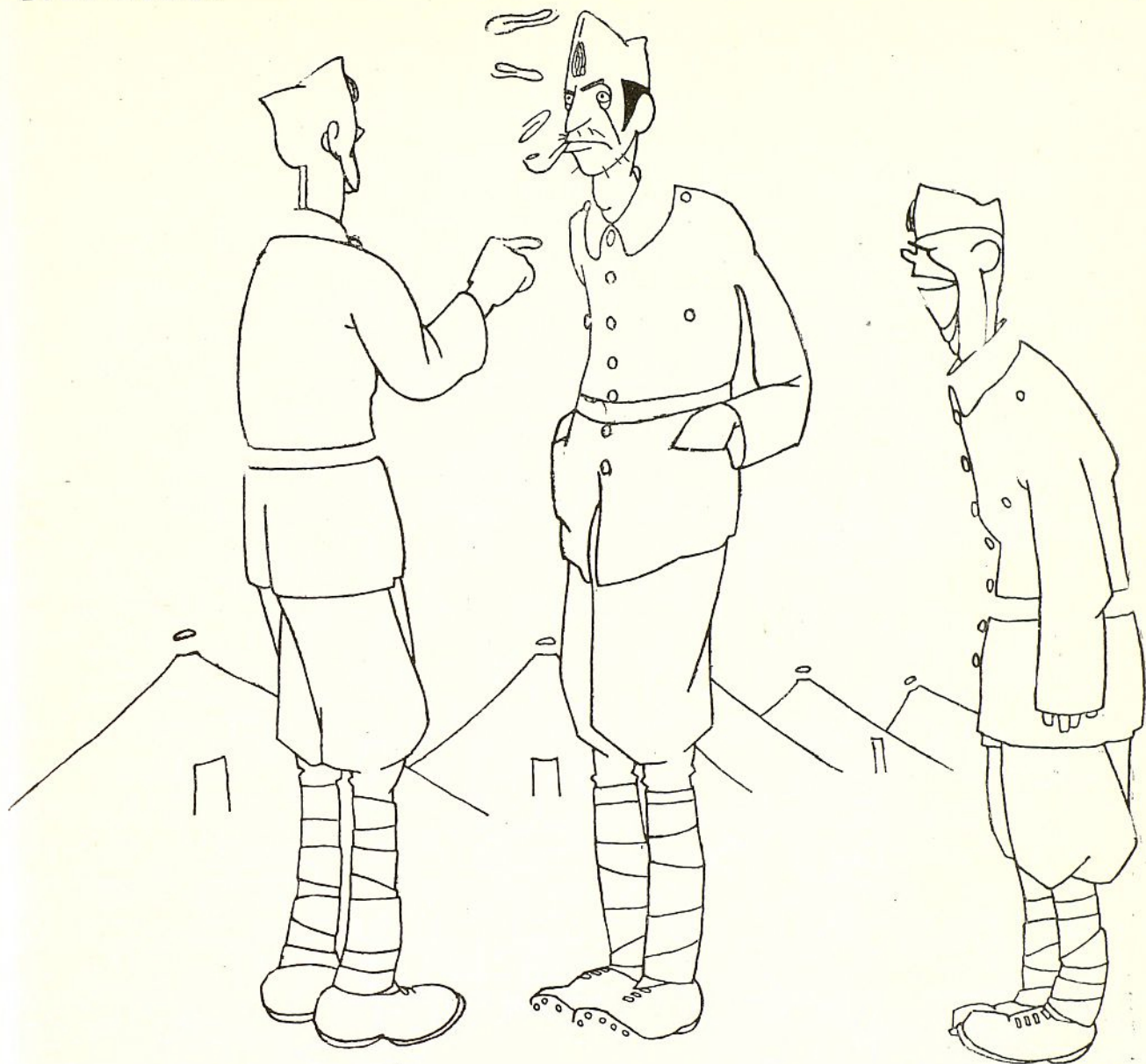
— ¡Tú hablarás con Marte!

— ¡¡Martall!

— ¡¡¡Martín!!!

Don Martín sabía, a más de leer y escribir correctamente, que para comunicarse con seres alejados se usaban una clase de ondas que él no podía precisar. Desde luego, si la distancia era corta, se usaba la honda primitiva, o sea la honda de pastor; para distancias mayores ya no era honda, sino *anda que te anda*, hasta llegar a ellos; pero ¿y a Marte? ¿Con qué honda u onda se llegaría?

Convencióse que lo mejor sería esperar una conjunción Marte-Tierra, y en aquel momento *coger* y lanzar una chispa ondulante con una velocidad vertiginosa. Y aquí su desilusión. ¿Cómo cogería él una *chispa*, si era abstemio?



Rivero Gil
Melilla - 1-922

— Ha dicho el cabo que nos incorporemos a nuestra compañía.
— ¡Yo no puedo incorporarme: estoy hecho cisco de los riñones!..

Dib. RIVERO GIL. — Melilla.

Por otra parte — es decir, por todas partes —, dudaba mucho de que con una chispa ondulante se llegase lejos. A lo más, iría a parar a la Comisaría. Y allí, ¡claro es!, no estaba Marte.

❦❦❦

Don Martín se caló las gafas, pues al pretender beber el agua contenida en un vaso — que no un vaso de agua —, se le cayeron en ella.

Convenientemente descaladas, vol-

vióselas a calar, esta vez en el promontorio nasal, y púsose a examinar los inescrutables problemas que se exponían, o al menos se pretendían exponer en el libro titulado *¿Vitalidad en los mundos incognoscibles?*, que un senador vitalicio había dado a luz, no obstante su *vitalidad*.

Al comenzar el examen se quedó suspenso ante la inverosimilitud de lo que en el susodicho libro no se explicaba, no obstante estar reputado como la lucu-

bración hacia la omnisciencia del no referido vitalicio. Su asombro podía solamente compararse al que le hubiese producido la noticia de haber desaparecido Marruecos. Sin embargo, ¡pobre don Martín! ¿Qué le habrían de embargar? Adéfago de lo inescrutable, prosiguió la lectura.

Con permiso de mis bondadosos lectores, voy a calcar aquí parte del primer capítulo del manoseado libro, no haciendo lo propio con el resto por-

que el *calcado* en ese caso resultaría serlo yo.

«En la intersideralidad de los espacios hiperascentrales, la omnisciencia de los eruditos fué considerada antonómicamente apoteótica. En vano los inacasmáticos adéfagos científicos, perfectos agerásicos de la aforística, en su androginismo hacia lo bello, consiguieron crear los conceptos de acefalocardia y acefalopedia...»

Al llegar aquí, don Martín se agarró fuertemente la cabeza y comenzó a lanzar gritos estridentes, que pusieron en la natural alarma a la talamesca costilla.

— Pero ¿qué te pasa, Martín mío?

— ¡Leed, y os convenceréis! — exclamó el esposo mostrando el demoníaco si que también hiperbóreo volumen.

Doña Marta no leyó; primero, porque don Martín, ofuscado, no recordó el analfabetismo de su costilla, y segundo..., ¡me parece que lo segundo nos debe tener sin cuidado!

Don Martín salió decidido.

— ¿Podrían instalarme en mi casa un *broadcasting*?

— Desde luego, señor.

En la inhospitalaria azotea, donde lo mismo se evaporaba la humedad de limpidas ropas que celebraban sus *gaturnales* los felinos, quedó instalado el flamante aparato.

Un hábil y experto mecánico lo montó; pero don Martín, en cuanto se vió solo, *perdió los estribos*. Corredera arriba, corredera abajo, *corredera alta, corredera baja*: imposible: aquello no *pitaba*.

Doña Marta, viendo la irritabilidad de su esposo, objetó si sería conveniente limpiar el aparato.

— ¿Limpiarlo?... ¿Y para qué?

— ¿No dices que tiene *lámparas*?

Don Martín tuvo la intuición de que si mata en aquel momento a su mujer le absolverían los Tribunales; no obstante, la perdonó la vida.



Dib. Elías. — Madrid.

— Oye, ¿qué motivos te ha dado Luis para que le llames *cinico*?
— Ninguno. Al contrario: es un muchacho tan simpático, que he querido serle agradable...

Quizás el vecino del segundo sabría algo de aquello. Ascendió el vecino.

— ¡Qué preciosidad, don Martín! Pero me extraña: ¿es que hace usted los pitillos en la azotea?

— ¡...!

— ¡Ca, no señor! Yo, de esto, ni palabra; mas se me ocurre que quizás el vecino del principal esté enterado, pues se instaló él mismo la luz...

Subió el del principal, y ya los tres en la azotea, la cosa se fué arreglando.

— ¡Qué encanto, don Martín! Usted siempre tan caprichoso. Y ¿por dónde sale el café molido, por aquí?

Aquello era el colmo. Únicamente el esperar un tranvía podría amenguar tamaño ridículo. Don Martín estaba como para que le facturasen: *hecho un lío*, y decidió obrar por su cuenta.

Esperó la noche con la misma ansiedad que esperan las patronas el *primer día de mes*. La noche llegó mucho antes que la baja de los alquileres, y don Martín, provisto de un gran espejo y de un gramófono, y acompañado de su señora, subió a la azotea.

¿Dirán ustedes que para qué quería el gramófono? Pues para el *entretenimiento del aparato*.

¿Dirán ustedes que para qué quería el espejo? Pues el espejo lo quería por la *luna*; tenía la candorosa pretensión de ver reflejados en la *luna* los habitantes de Marte.

¿También dirán ustedes que para qué quería a la señora? Esto no deben decirlo, sino figurárselo.

Al principio, nada anormal: allí había menos ruido que en una sesión del *fenecido* Senado; después se fueron dibujando en el espejo sombras confusas: una especie de baile exótico por una pareja de seres raros; al mismo tiempo se oía una musiquilla, susurro o melopea desconocida para don Martín.

Se *deglutía* el éxito. ¡Ah, no! Aquellos no eran hombres, al menos terrenales; el baile era rarísimo: unas veces contorsiones rápidas y danzas algo macabras; suspiros de rara languidez y *poses* casi escultóricas otras veces... ¡Magna revelación! Aquellos seres tenían vida...

— ¡¡Vida!!

— ¿Qué quieres? — exclamó la morfeótica doña Marta...

— ¡Ya están aquí!

Un maullido estridente le sacó de su éxtasis: en un tejado próximo unos felinos hacían la competencia a Hero y Leandro.

Aquello fué hecatómbico. Con maullidos horribles rodaron hasta la azotea, cayendo sobre el espejo, cuya *luna* se hizo añicos.

A don Martín no le dió algo, porque ya tenía bastante.

En cambio, doña Marta reía estrepitosamente, con toda la categórica idiotez de su vulgaridad.

José SEVER

ENTRE PARÉNTESIS (1)

EL GENIO EN LA ESCENA

España es el país de los genios. Esto me llena de felicidad, y también debe hacer dichoso al lector.

¡El genio! ¡Cuántas cosas dormidas nos despierta esta palabra!

Desde Spencer, que no da importancia ninguna al genio, porque lo cree un producto del ambiente, hasta Carlyle, que al genio le achaca todo lo bueno que existe, pasando por Lombroso, para quien el genio es la locura, todos los hombres han sentido la preocupación de lo genial. En España algunas ciudades se disputan la cuna de Cervantes; pero es un caso excepcional; no suelen surgir estos pugilatos comúnmente, porque en cada una de las cuarenta y nueve provincias españolas hay, por lo poco, cuatrocientos genios.

Los genios no están sujetos a tributo arancelario, y, sin embargo, nosotros podríamos exportar trenes enteros de genios, que tanta falta hacen en el resto del mundo, como exportamos naranjas de Carcagente.

Donde los genios españoles constituyen legión es en el Teatro.

Hoy basta interpretar una comedia de éxito; basta decir con exquisita elegancia desde la puerta del foro esta frase: «Los señores están servidos», para que se conceptúe de genial a un autor. Se explica. En el Teatro hay parlamentos maravillosos que, aun dichos por un pescadero, asombran y anonadan.

El «That is the question», de Shakespeare, en *Hamlet*, monólogo único, como ya se sabe, resulta imponderable siempre: lo dice cualquiera. Pero ¡qué cantidad de genio hace falta para llevar la emoción al espectador diciendo: «Los señores están servidos!» ¡Qué inflexión en la voz, qué rostro admirable, son necesarios para dar la sensación de que tras el forillo hay una elegante mesa donde ya reposan las ostras y los entremeses! ¡Ahí es donde se descubre el genio! Talma nunca se atrevió a eso, por temor al fracaso.

Nosotros tenemos actores que exclaman: «El señor Rodríguez espera en el salón», y lo dicen de tal manera, que todos nos imaginamos al señor Rodríguez sentado en una butaca, contemplando los cuadros, los muebles, o tal vez sacudiéndose con un visillo los empolvados brodequines.

Todas las temporadas se revelan en el proscenio siete u ocho actores geniales. Existe un superávit de genios que debe regocijarnos. Cada día hay más compañías de comedias; a veces, de una sola — puede citarse — brotan siete. El

aumento continúa. Esa es la causa de que suela haber más gente en el escenario que en el patio de butacas, contando los acomodadores, los bomberos y los agentes de servicio. Todos los teatros funcionan; en cinco meses cuatro compañías trabajan en el mismo coliseo, y en provincias actúan varios centenares de cómicos que no consiguieron negocio en Madrid. Es una orgía. Esos conjuntos se forman por un genio, dos genios y catorce o quince aprendices de genio. Los autores de primera fila no dan abasto. De todas partes se les piden comedias.

A veces se les ve llorar, desesperados, ante una nueva petición.

— No puedo más — gimen —. Ya no se me ocurre nada.

¡Dios mío!... ¿Pero es que alguna vez se les ha ocurrido algo?

Las Empresas aprietan el dogal:

— Vamos, don Rafael, un pequeño esfuerzo... Déme una cosita.

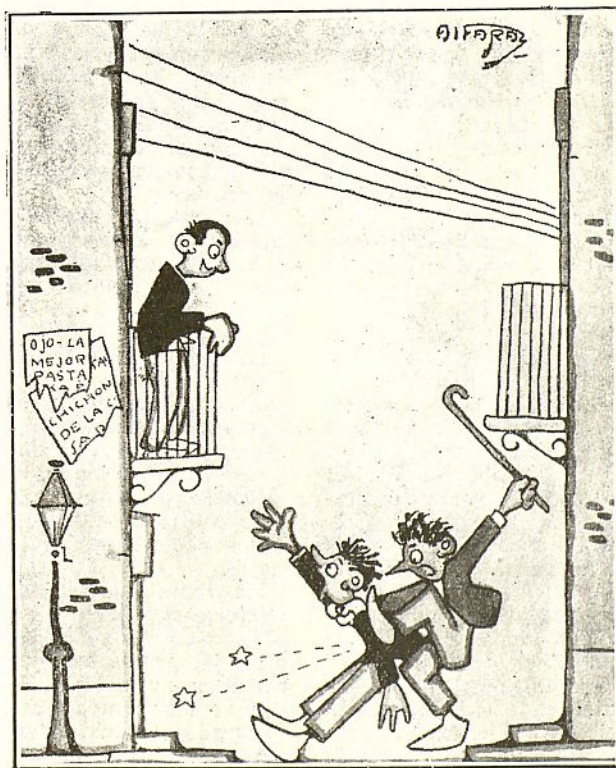
— No puedo, no puedo — responden angustiados.

Alguno tiene una idea genial y se la comunica a un amigo:

— Voy a adaptar las *Aventuras de Dik Turpin*, que son varios tomos. Con eso tiraré un par de temporadas... Luego..., no sé. Quizás me decida a escenificar a Julio Verne. Pero todo eso se consume en cuatro años. En 1928 tendré que llevar a la escena *La cocina práctica*, o *El manual de la caza con reclamo*... Más tarde... ¡Hum! Esto se acaba. Verdaderamente, creo que habrá que dar la vuelta y empezar otra vez con las comedias de Aristófanes y las tragedias de Eurípides.

Los autores consagrados son las víctimas de la abundancia de genios intérpretes. Se impone la exportación antes de que los tramoyistas, que suelen tener muy buen gusto, se decidan a representar a Narciso Serra, por ejemplo. Es ése un serio peligro. Porque tales hombres, acostumbrados a manejar divinamente el martillo, vendrían pegando.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

— Pero, hombre de Dios, ¿cómo se deja usted pegar de ese modo?
— ¡Ca, no, señor, si no me pega: si es que me está contando la segunda parte de la batalla del Guadaletel...

(1) Y con permiso del compañero Mayral.

RAMONISMO

SECUESTRADOS



Los secuestrados que hay en el mundo pesan sobre nuestro corazón como la gravitación sobre las cosas. No vale que estén ocultos. Nos angustian, nos ponen tristes, nos corrompen el grito de alegría que iba a brotar tan espontáneo de nuestros labios.

Hay que buscar a los secuestrados que quedan escondidos en el mundo y echarles a volar por la vida.

Un secuestrado da pereza al mundo con su actitud siempre encamada. Sin hora para levantarse, enervado hasta el punto de influir en los demás.

De los secuestrados brota esa holgazanería que nos entra a lo mejor y que hace que, pensando levantarnos a las nueve, sea a las doce cuando nos pongamos en pie.

— ¿Pero qué te pasa hoy?

— ¡Que está influyendo sobre mí la pereza de los empedernidos secuestrados!

Yo llegaría a admitir en mis teorías sobre los secuestrados el que son la piedrecita, la rémora, la esquirla que se atraviesa en el engranaje del mundo, y del que hay que limpiar la máquina para que ande mejor.

Yo fundaría la «Liga de los descubridores de secuestrados», y buscaría a esos desgraciados que duermen en los camastros de la desidia.

Como se suele decir, diría yo: «No se ha escrito aún la novela del secuestrado.» Ese ser con el que a lo mejor se topan los agentes de Policía, y que se queda deslumbrado cuando abren las ventanas de su alcoba a la luz de la mañana, la mañana que no veía hacia

años, con un deslumbramiento mucho mayor que el que se soporta los domingos por la mañana cuando la doncella despezzadora abre las maderas sobre nuestro sueño más remolón.

Entre las fotografías que llevamos en nuestro espíritu está la de aquellos secuestrados que los periódicos tomaron por su cuenta, impresionando placas y placas.

Los secuestrados son los españoles más característicos, porque secuestrados son casi todos los habitantes de España. Todos estamos un poco cohibidos sobre los camastros que lucen al aire su falda bajera, y sabemos lo que es el lebrillo allado, y cómo el pan con agua se hincha como

si formase una isla en los estómagos.

También acentúa más lo de país de secuestrados, que es el nuestro, el que abundan tanto en las familias esos seres inútiles que creen que pueden llevar una vida a expensas de otros. «¿Qué hacemos con ellos?», se pregunta la familia, y se contestan, al fin: «Pues secuestrarlos.»

Esos entes perezosos, que no saben qué carrera escoger, que se han negado a toda emienda, acaban por ser dedicados a la carrera de «secuestrados».

Lo más consistente del ser humano, que son los huesos, es lo que es puesto a prueba en el secuestro. Los huesos viven, se fortalecen, se endurecen en el secuestro.

Se podría decir que no hay nada que les siente mejor.

Un secuestrado se convierte en un aparato ortopédico o cosa por el estilo, y sólo le brillan los ojos con intensa vivacidad.

Los pensamientos de secuestrado están aún por escribir. Sería un humorismo muy español el que brotara de esos soliloquios de la secuestración. El humorismo español es muy distinto al francés, jóvenes humoristas, y tiene ingredientes, profundidades y amargos muy distintos.

Sólo gracias a una gran reflexión y

a una tragedia interior permanente y preocupada se puede llegar a ser humorista español. En otro sitio bastaría comprarse un pijama de humorista y ponerse a jugar al especial juego de la oca del humorismo frívolo, displicente, lleno de truquillos teatrales.

El humorista español que con un tema como el del secuestrado supiese componer una obra de risa macabra, sería nuestro más genial humorista. Difícil es el tema, pero si yo tomase parte alguna vez en la confección de las bases de un concurso, el tema ofrecido para el certamen sería el de «La divertida novela de un secuestrado».

¿Es que no creéis que sería humorística esta novela? Pues esa es la misión del humorista: conducirnos a lo increíble, haceros ver el contraste cómico del mundo trágico.

Ese gato cansado de maullar, que es un secuestrado, resulta gracioso en medio de su miseria, mirando como un paleta de su secuestro a los que han acudido a resucitarlo.

Las secuestradas hace veinte años parecen maestras de escuela que miran desde el fondo de su cubil sin alumnas.

Sin problema ninguno, los secuestrados entran en los deberes del mundo en cuanto salen de la oscuridad en que reposaron desde hacía muchos años.

Qué mundo de las musarañas el mundo de los secuestrados, y qué greguerías sobre la nada las que van inven-



tando. Los polichinelas de las sombras dan para ellos sus mejores funciones.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

RAREZAS ESCULTÓRICAS

Tengo una grave preocupación desde hace tiempo. En cuanto un hombre se dedica a la escultura, ve la Humanidad de otra manera que los demás mortales. Por qué será, no puedo averiguarlo; pero es.

Todo el arte contemporáneo propende a ver las cosas de una manera extraña y a llenar los lienzos con cosas que no solemos encontrar por el mundo; pero esto no tiene que ver con el fenómeno de la escultura que a mí me preocupa. El pintor moderno se ha can-

caso de los escultores que me preocupa a mí no es ese caso: porque los escultores nos presentan en sus obras una humanidad igual a la Humanidad a la que pertenecemos nosotros. Se trata de personas como nosotros, sin duda de ningún género; eso (el género) salta en las esculturas a la vista, a veces demasiado. Pero acontece que esas personas se colocan en unas posturas y ejecutan unos ejercicios que no podemos concebir ni por vía de cultura física. Todos los personajes esculturales se

engarabitan, apelo-tonan y retuercen de un modo inconcebible. Hay muchos que padecen dolores de tripas, y el escultor los representa en el momento más agudo del calambre o retortijón; hay algunos que quieren morderse los codos; hay muchos que se entregan a la operación dificultosa de cortarse las uñas de los pies. Hay no pocos que padecen de torticolis; pero a los de la torticolis y a otros, les quiero yo dedicar sesión aparte. Hoy he de limitarme a presentar unos ejemplos de maestros.

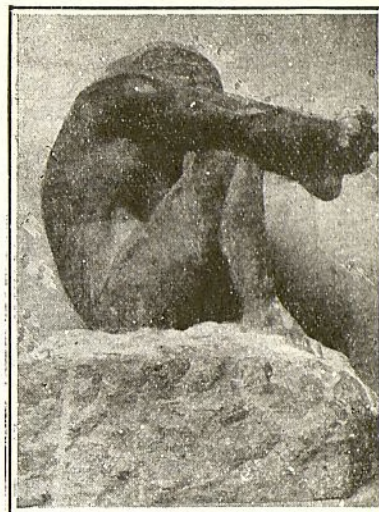
Veán ustedes ahí dos maestros de lo más insigne que la escultura moderna nos ofrece: Metzner, alemán; Rodin, francés. La diferente nacionalidad no les aparta en este caso; no hay fronteras ni distingos para esto: en cuanto se dice escultor, postura rara que te tienes.

El desnudo de Metzner es magnífico, como se puede ver bien claramente. Da gloria contemplar ese modelado tan amplio y a la vez tan estudiado; pero ¿qué hace ese pobre hombre? ¿Por qué estará de esa manera? ¿Será tal vez que siendo el hombre barro, y habiendo, según el Génesis, salido del barro, los hombres que quieren crear los escultores por el mismo procedimiento propenden a la bola? No hago más que preguntar y aventurar preguntas hipotéticas...

La otra escultura es de Rodin. En algunas ocasiones ha llevado esa escultura el título de *Esfuerzo*. Realmente, es ingeniosa y extraordinariamente gráfica la manera de dar idea del esfuerzo: no hay mejor modo de hacer fuerza sin



Escultura de Metzner.



Escultura de Metzner.

jamás acabar como esa de agarrarse un pie con las dos manos cruzadas, y empezar a forcejear...



Altorreleve de Metzner.

sado ya de que el cuadro sea un espejo. Los cisnes son para el estanque, y no para que hagan de Júpiter, y las marquesas son para llevarse al estudio, cuando más; pero no para sacarlas parecido. Harto nos desasosiegan las auténticas y bellas, para que vaya el arte a proporcionarnos duplicado. El arte moderno quiere dejar a cada uno como es, y no, como el arte antiguo, dejarlo pegado a la pared.

«Si ya está en el mundo una cosa, ¿para qué hacerla otra vez?», se han dicho ellos. Y se dedican a ejecutar cosas nunca vistas: cosas que nunca hayamos visto. Por eso, porque lo hacen de intento, encontramos en sus obras lo que no encontramos en el mundo. Pero el

Pero ¿a quién que no fuera escultor se le habría ocurrido personificar el esfuerzo con una operación de esa índole?

Ninguno de los dos ejemplos anteriores tan elocuentes, sin embargo, como el de la tercera figura que aquí reproducimos. ¿Quieren ustedes decirme si hace falta mala idea para tener a un hombre tiempo y tiempo de esa confor-

midad? Ya fueron escultores — no hay que olvidar eso — los que inventaron los atlantes y las cariátides: señores y señoras haciendo de columna y sosteniendo con la cabeza un edificio. Pero empotrar a un hombre de ese modo en el marco de una puerta, para dejarlo siempre así, me parece, francamente, demasiado. Y todavía aspirará el autor,

si a mano viene, a que la obra sea inmortal; a que pase esa pobre criatura la vida eterna así, sin salirse jamás de quicio... ¿Será que a los escultores se les vuelve de piedra el corazón a fuerza de andar tanto con piedras? ¿Estando frente a un caso de mimetismo? Es una hipótesis...

MANUEL ABRIL

“EL ABRAZO DE VERGARA”

El señor Doroteo Vergara había sido gente en sus mocedades con las mujeres. El había bailado el *chotis* con una serenidad, un aquel y un ceñimiento, que del clásico ladrillo le sobraban las tres cuartas partes para marcar el ritmo. Con unos tristes torraos, unos churros y una albahaca, había hecho más conquistas que Don Jaime, porque tenía tipo, y palabreo, y un no sé qué para el sexo contrario, que clavarle la mirada de sus ojos rateros a una hembra, suponía para la interfecta como si hubieran atravesado con un alfiler a una mariposa.

Ahora que, claro, como los años no pasan en balde, el señor Doroteo había madurado y envejecido después, y por fin, lo único que le quedaba, como él decía, era el dos por cuatro. Así que era un viejo que se pasaba la vida en las paradas del tranvía, dejando subir primero a las señoras, por aquello de las buenas formas, y en las apreturas la opresión le cautivaba, procurando que en la aglomeración le tocara delante una buena mujer, o viceversa, es decir, que a él le tocara detrás; y principalmente era su debilidad una cosa, la más inocente, si cabe, pero que para él era su mayor encanto.

El señor Doroteo, ya retirado del trabajo de contratista de obras, y comiéndose tranquilamente unas pesetas no despreciables que había amasado, hacía una vida de ocio completo. Que la parada, que una procesión, que los reyes van a pasar por tal o cual calle, y la asistencia a las bodas, especialmente, eran sus ocupaciones. El iba a San Cayetano, a San Lorenzo, a la Paloma, y entraba tras las comitivas, y en el momento oportuno se colaba en la sacristía, y en el instante de las felicitaciones se acercaba como la cosa más natural a la novia y la daba dos o tres abrazos de los más apretados y un par de besos de los de mayor afecto.

Claro: a los asistentes a la ceremonia no les chocaba. Unos decían para sus adentros: «Será un amigo de la familia de la novia.» Otros: «Será un íntimo de la familia del novio.» O la propia desposada pensaría: «Será un antiguo amigo de mis padres.» El caso era que nuestro buen Vergara besaba y abrazaba a las novias de los distritos de In-

clusa y Latina antes que sus propios esposos.

El amigo que precisamente había hecho estas observaciones sobre la vida del señor Doroteo, un muchacho de esos que quieren cazar una novia y pescar una dote, me decía, después de referirme todo lo anteriormente relatado:

— ¡Ahora, que yo te juro que como llegara a casarme alguna vez, ese tío no se llevaba las primicias de los ósculos ni los abrazos de mi esposa!

Y pasando los meses, una buena tarde, en un viaje que hizo mi amigo a un pueblo de la sierra, conoció a una muchacha que le llenó, y le llenó más cuando supo que, aunque no tenía fortuna, tenía, en cambio, un tío en Madrid que la quería como un padre, y que era poseedor de un buen capital.

Tuvieron unas relaciones cortas. Pidió la mano, se la alargaron, se hicieron los preparativos del enlace y, por fin, se anunció la fecha de la boda, que concertaron tuviese lugar en el pueblo, a

lo que prestó su aquiescencia el novio, pues en aquel instante más que nunca tuvo presente la figura del señor Doroteo, y pensó que, verificándose el acto fuera de la corte, estaría libre de la presencia de Vergara.

Llegó el día feliz. El tío rico, a quien se esperaba, y al que no conocía aún mi amigo, perdió el tren de primera hora, y no estuvo para el comienzo de la ceremonia.

Cuando ya terminó el acto religioso y los novios iban a pasar a la sacristía, a mi amigo se le ocurrió echar la vista sobre los asistentes al acto, y se le vió ponerse rojo, y luego blanco, y luego amarillo.

— ¡Acababa de encontrar entre la comitiva al señor Doroteo!

No pudo contenerse. Pidió a su esposa que le excusara un instante, y abriéndose paso entre la gente, llegó hasta donde estaba Doroteo Vergara, y tembloroso de ira le espetó:

— Pero, oiga, so tío sinvergüenza, ¿no le bastan a usted las bodas de Madrid, que tiene que venir también a las de los pueblos?

Y, uniendo la acción a la palabra, le sacó de la iglesia a empujones ante la estupefacción de los circunstantes.

— ¡Pero, joven..., que yo...! — arguyó Doroteo.

El novio, sin atender a razones, le golpeaba furiosamente.

Todos le rodearon; trataban de apaciguarlo.

— ¡Se ha vuelto loco! — decían.

La novia, al escándalo, llegó hasta allí, y al ver lo que ocurría, exclamó con voz angustiada:

— ¡Pero, por Dios, Pepe, que es mi tío el de Madrid, el que me quiere como mi padre!

Mi amigo no quiso oír más. Salió corriendo, y en el primer tren vino a Madrid. La boda se deshizo. Ya desligado de todo parentesco con el tío Doroteo, el fracasado novio asistió a todas las bodas que pudo a ver si lo encontraba dedicado a su *sport* y se vengaba denunciándole. Durante tres años no faltó a una ceremonia de éstas en todas las iglesias de Madrid; no volvió a encontrar más en ellas a Doroteo Vergara.

ANTONIO PLAÑOL



Dib. FERVÁ. — Colmenar Viejo.

— ¿Está usted de escribiente, o de contable?

— No, señor; estoy de luto...

DIME LO QUE LEES, Y TE DIRÉ LO QUE NO ERES

— Oiga usted, señor bibliotecario, ¿se adivina el carácter de las personas por los libros que piden?

El señor bibliotecario me mira como si le hubiera hecho la pregunta más rara del mundo, y contesta:

— Es difícil adivinar que a un señor le gustan las patatas fritas con tomate por el solo hecho de que pida, para su lectura, un tomo de Galdós; sin embargo, casi puede asegurarse que una cosa es la afición literaria y otra el modo de matar pulgas.

— ¡Caray!...

— O, como si dijéramos, la manera de pajear de cada ciudadano. Usted ve a un señor que pide, por ejemplo, las obras de viajes a lo Julio Verne, y se imagina que se halla ante un infatigable caminante, intrépido turista y arriesgado náutico, ¿verdad? Pues es todo lo contrario: aquel judío errante no ha pasado en toda su vida de las Ventas, y conoce al ferrocarril por las películas. Otro se sorbe los libros amatorios. No se ha declarado en su vida a una mujer, y, si se casa, será con su criada, y eso porque ésta se le declare a él.

— ¿En la cara se reflejan las impresiones de la lectura?

— En la cara no se refleja más que el sudor. Hay quien está frente a un libro regocijado y tiene el semblante más triste que si le estuvieran haciendo una operación sin cloroformo. Yo he visto y observado a individuos que tenían forzosamente que sonreír, por lo menos, ante el libro que leían, y, sin embargo, parecían estar a punto de romper en copioso llanto. A punto he estado de levantarme de mi asiento e ir a consolarlos y a ofrecerme para hacerles cosquillas, a fin de que se animasen algo.

— Serían melancólicos de suyo.

— O tontos de prestado. Hay los lectores de espíritu aventurero, y que nada les satisface. Esos, al pedir un libro, preguntan: «¿Sabe si corre grandes riesgos el protagonista?» «Ya lo creo que corre.» «¿Qué es?» «Jockey; por eso digo que corre.»

Luego cogen el libro, lo leen con avidez, saltan las páginas, y al final me lo devuelven, descorazonados, tristes y diciendo: «¡Bah! No es nada. Total: un secuestro, dos muertos por disparo de arma de fuego, cinco por naufragio y un envenenamiento suelto. Poca cosa. Estos autores no tienen ninguna inventiva.»

— ¡Habrás que ver luego a ese gachó en su vida particular!

— Más infeliz que un paraguas en un perchero. Ese corazón de hiena llega a su casa, y si lo hace retrasado, tiene que aguantar el que su mujer le chille, y hasta que le dé con un plato en la cabeza, limitándose él a decir: «¿Sabes que tie-

nes un geniecito bastante fuerte?» Hay los apasionados por el género romántico, y cuanto más romántico y más cursi, mejor. Estos usan cabellos largos, rostros pálidos; si pueden, llevan una *boutonnière* de pensamientos morados, y, al sentarse con el libro entre las manos, lanzan un suspiro, como diciendo: «¡Ay! Sé que después de esto va a venir la muerte.»

— ¿Y no se mueren?

— ¡Qué han de hacerlo! Después de la lectura se entregan a la alimentación, y se saltan cada plato de judías con chorizo que mete miedo. Eso, como usted comprende, tiene muy poquito de romántico. Otro tipo de interés es el que llamo el «lector miedoso». Ese pide el libro, lo coge con precaución, lo examina, como si realmente temiera que pueda tener algún explosivo; lo abre por el índice, por no atreverse a adentrarse en su lectura sin tener una idea aproximada de lo que el libro puede contener. Va a buscar el pie de impre-

ta; indaga si hay lista de obras del mismo autor, para deducir si es reincidente, y cuando ya se cree suficientemente documentado, devuelve el libro sin haberlo leído, y se aleja presuroso, como diciendo: «¡Ahí queda eso! Si luego resulta algo, que no me exijan responsabilidad alguna.»

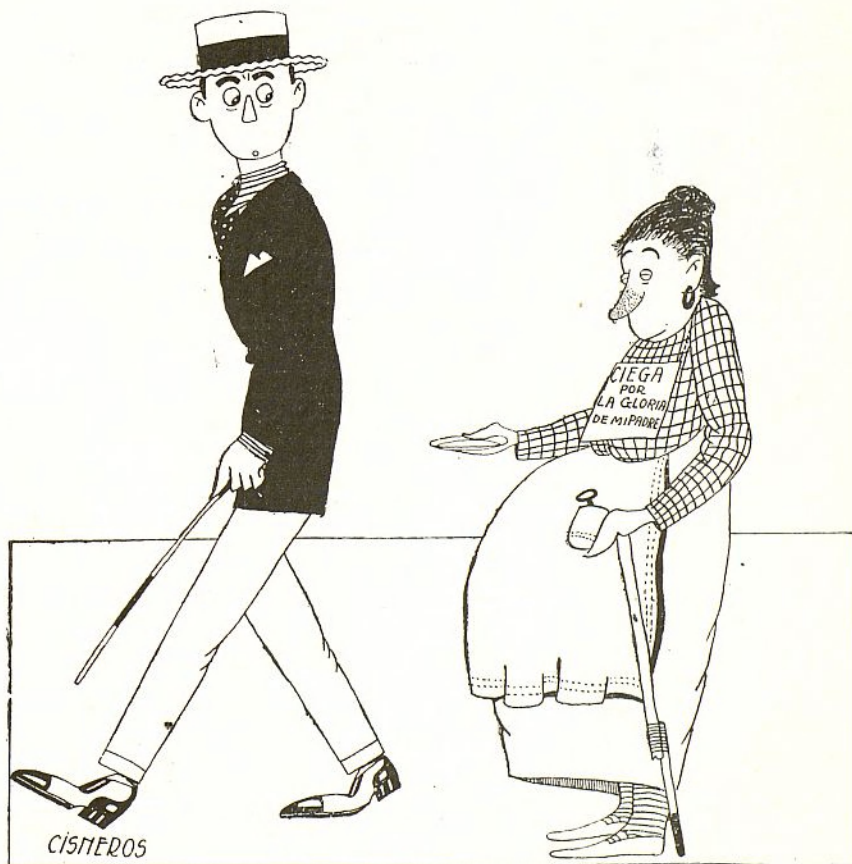
»También existe el lector comunicativo, el que quiere hacer copartícipe de su impresión a cuantos se hallan en la biblioteca al tiempo que él. ¿Le ha gustado un pasaje, una observación? Pues coge el libro y va en busca de alguien a quien decir: «Vea usted esto; ¿verdad que tiene gracia?»

»El otro, que en aquel momento está embebido en la lectura del Código civil, buscando la fórmula de hacer testamentos, no le pega por verdadero milagro.»

— ¿Y esos lectores que piden obras de tomos enormes? ¿Es que son verdaderamente sabios?

— ¿Esos? Desconfíe usted de ellos. No los quieren para leerlos. Los que los usan, es que tienen almorranas, y los quieren para sentarse encima de ellos.

A. R. BONNAT



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— ¡Una lamosnita, caballero, que Dios quiera que no se vea como yo me veol...

DICCIONARIO DE HOMBRES Y MUJERES ILUSTRES

AVANCE DE UN ENORME LIBRO QUE PIENSA PUBLICAR "BUEN HUMOR"

(Y CON ÉSTA VAN TRES VECES QUE LO DECIMOS!)

Como somos un disparate de serios, vamos hoy a cumplir lo que, por nuestra salud, prometimos a ustedes el número pasado, o sea continuar y terminar con esta sesión la larguísima y pesada serie de biografías, que hemos confeccionado con el fin de legar a la posteridad un precioso documento de consulta, que estamos seguros de que allá por el siglo XXVIII, o cosa así, gustará la mar..., desde luego mucho más que ahora.

Antes de reanudar nuestra coreográfica y fidedigna tarea, queremos llamar la atención de ustedes sobre ciertas novedades que habrán advertido en el curso de la lectura de los anteriores números. Una de ellas, la de más bulto, es la afirmación que hacemos, en la biografía de la excelsa actriz Loreto Prado, de que D. Pelayo falleció a las impías manos de un oso. Han de saber ustedes que la Empresa de BUEN HUMOR tiene la manía de que los escritores que la honramos seamos originales y digamos cosas nuevas, cosas que nadie haya dicho antes. Pensando en este legítimo deseo, hemos determinado decir que a D. Pelayo le mató un oso, cosa que nos ha parecido mucho más original que lo que ha dicho todo Cristo, o sea que el individuo asesinado por el oso fué D. Favila. ¿Qué es más nuevo, vamos a ver: decir lo que dice todo el mundo, o decir lo que no se había atrevido a decir nadie? Un servidor cree que esto último es lo benemérito, lo moderno y lo abra cadabrante, y por eso lo ha dicho. Además, Loreto Prado, que conoció a don Pelayo y a D. Favila, y al resto de los individuos que componían tan amable cuan divertida familia, nos ha asegurado formalmente que eso de que a don Favila le mató un oso es una guasa panamericana, porque entonces no había osos en Asturias, y de no haberlos, tendría que haber habido un fabricante encargado de hacer el oso, que dicen que le dió para el pelo al godísimo monarca. ¡Y Loreto ha añadido que no supo de nadie que hiciera el oso hasta que Chicote la pidió relaciones!

Comprenderán ustedes que con sólo esta razón ya no podíamos seguir afirmando que el asesino o el *ososino* de D. Favila fué el que se dice, y le colgamos el oso al ilustre D. Pelayo, teniendo además en cuenta que la Historia no sabe de qué murió este señor, ni siquiera donde está enterrado, cosa triste, en verdad, y que nos ha impedido llevar unas flores cordiales a su tumba, como hubiera sido nuestro deseo.

Y no teniendo más asuntos de qué tratar, vamos a entrar en el orden del

día y a seguir conmoviéndonos a ustedes con las últimas notas biográficas que nos quedan en la cartera (en unión de cero pesetas cero céntimos, que constituyen actualmente nuestro capital circulante).

R

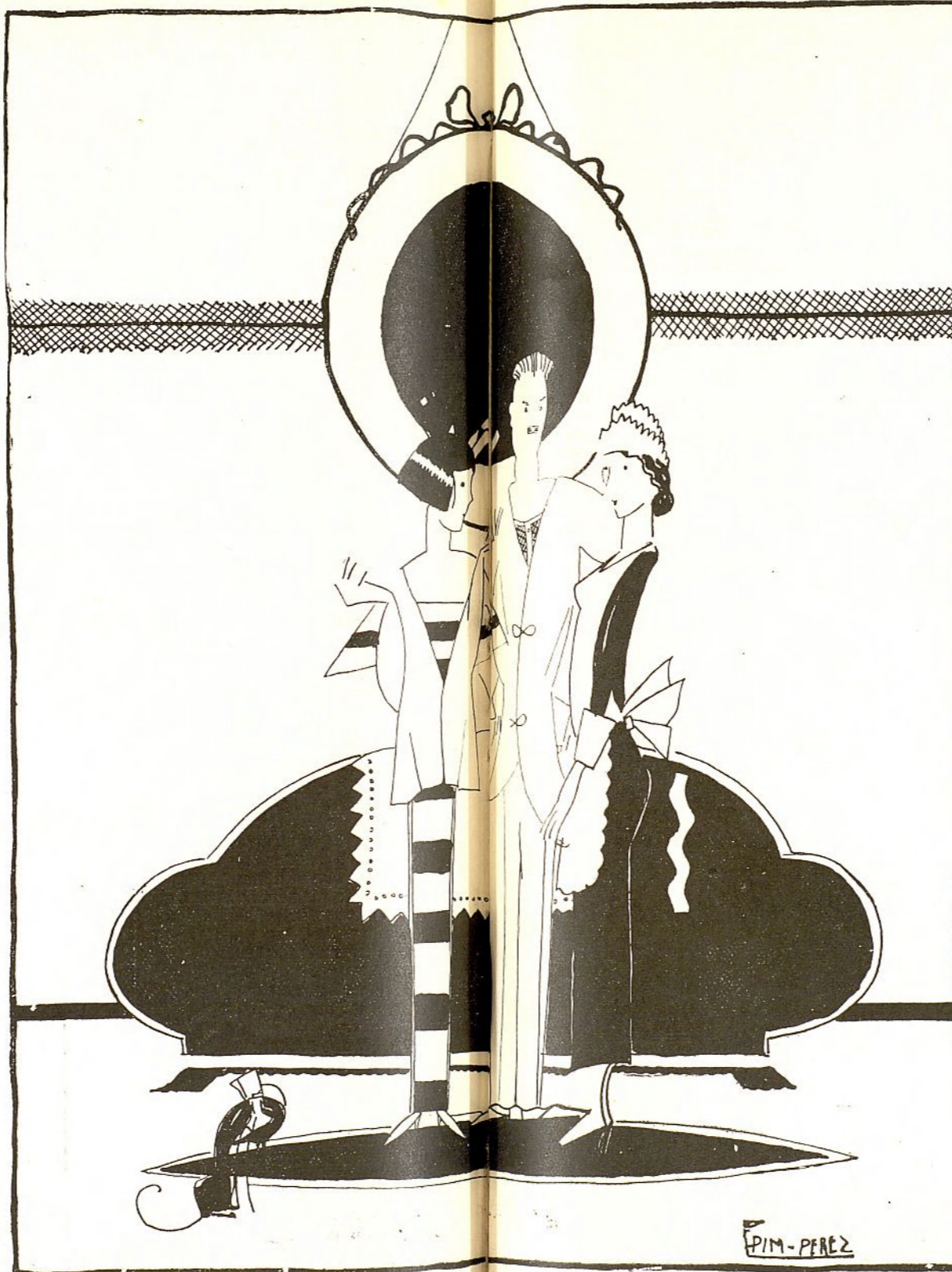
RÉPIDE (PEDRO DE). — Escritor español, soltero de nacimiento, y con el pelo rizado, que se ha distinguido siempre por la manera impecable y ligeramente castiza con que introduce en sus escritos palabras tan incomprensibles como *magüer*, *vuesamerced*, *hijosdalgo*, *pardiez*, *gregüesco*, *Argamasilla*, *follon* y *malandrin*. No hemos hablado nunca con él, aunque le admiramos en silencio. Pero es que hemos tenido miedo de no entenderle y, para eso, bien estamos en nuestra casa (que es la suya) y él en la suya (que es la nuestra). ¡Así, con finura y galantería!

S

SAAVEDRA (TERESITA). — Encantadora tiple, de género picaresco, de dos y medio metros de altura por un centímetro de anchura y dos ídem de profundidad. Hay casi la seguridad completa de que desciende de Cervantes. Por lo menos habla el castellano con la misma sonoridad, integridad y totalidad (sin omitir palabra alguna, sea la que sea y diga lo que diga) con que el glorioso D. Miguel lo escribía. Es guapa y un poco afrancesada en el vestir (en el poco vestir). Tiene un hermoso pelo (¡carabil!), que suponemos que se lo peinará la peinadora. En la fecha en que escribimos esta impresión no se sabe que tenga canas. Si acaso, si acaso, un par de *canillas*, lo cual tiene bien poquísima importancia.

T

TENORIO (JUAN..., EL DON NO SE LO PONEMOS, PORQUE NOS-



— Bueno; ¿aquí, quién es el ama: usted o yo?
— Usted.
— ¡Como estaba usted escandalizando como una verdural...

Dib. PIM PÉREZ. — Madrid.

OTROS TENEMOS EL DON DE LLEVAR LA CONTRARIA A TODO EL MUNDO). — Distinguido y ya fallecido juerguista sevillano, hijo de don Diego y de madre absolutamente desconocida. A pesar de ser de la propia Sevilla, no sabía hablar el andaluz, según podemos observar todos los años cuando conversa con doña Inés, el Comendador, su atribulado padre y otros primos alumbrados por el estilo. No se le conoció nunca carrera, oficio, ocupación u oficina en la que ganase ni un perro chico. Debía de ser un vago que para qué les vamos a contar a ustedes. Tiraba el pego como los ángeles, y levantaba muertos que era una bendición. Esto de que levantaba muertos ya lo averiguó Zorrilla, que en el quinto acto de su drama le hace levantar a doña Inés y a don Gonzalo, abandonando sus cómodas y cadavéricas posturas. En materia de amores fué un ciclón. Dejó al morir ocho viudas y ciento veintitrés hijos, todos naturales y algunos de pecho. No dió un maravedí a las mujeres, y todas sus conquistas las hizo por su serrana cara. No es verdad que estuviera en Roma, ni que fuese gallardo y calavera. Calavera lo es ahora, suponiendo que no se hayan perdido sus restos, aunque con ello no se hubiera perdido gran cosa.

TOVAR (DUQUE DE). — Entramable hermano del elocuente ex presidente del Consejo y hoy silencioso orador (por disposición del Directorio) señor conde de Romanones. Es tan afortunado en amores como el antedicho don Juan; pero no ha tenido la suerte de agarrar una época como aquella, en que las señoras que amaban eran más baratas que el agua de Lozoya. Este sí ha estado en Roma (nones), y es calavera y gallardo..., y un poco autor dramático, que es la calaverada mayor de su preciosa vida. Además es sindicalista, ex ganadero de reses relativamente bravas, veraneante distinguido y parroquiano vitalicio de la taquilla del teatro Reina Victoria. Es mucho más espléndido que D. Alvaro de Figueroa. A don Alvaro le piden ustedes un duro, y D. Alvaro contesta que no lleva sueldo. A Tovar le piden ustedes el mismo duro, y en seguida les da a

ustedes una tarjeta para que se lo pidan a su hermano y para que su hermano no se lo dé, como es natural.

U

UNAMUNO (MIGUEL DE). — Ilustre catedrático, actualmente sin discípulos, condenado por su mala cabeza a comer plátanos y a fumar pitillos canarios por una temporada. Ha estrenado varias obras teatrales, todas sin música, aunque a una que estrenó en el Español la puso música el público, y bastante sonora, por cierto. Sabe latín, pero no lo habla. En sus discursos, el latín se suele transformar en latón.

V

VÁZQUEZ MELLA (JUAN). — Político español, admirador de Guillermo II, que profetizó con la debida antelación el triunfo de Alemania en la Gran Guerra. Habla muy bien; pero comprenderán ustedes que no se le puede creer lo que dice. Ahora que, no haciéndole caso, es muy distraído escuchar un discurso suyo.

VENTOSA. — Sinónimo de sanguijuela.

W

WEYLER (VALERIANO). — El militar más valiente del mundo. Decimos esto, porque hace falta un valor épico para salir a la calle vestido como él sale. En contraposición, la ropa que saca no tiene absolutamente ningún valor. Cuantas tasaciones se han hecho de su indumentaria lo demuestran de un modo que no deja lugar a la más mínima duda.

Z

ZÚFFOLI (EUGENIA). — Bellísima ciudadana española que sabe bailar admirablemente el *fox-trot*, y que tiene un insuperable arte para buscar posturas cuando se retrata. Es inocente y crédula hasta la exageración, pues se ha dado el caso de que la hayan dicho unos cuantos admiradores que era tiple cómica, y se lo ha creído en seguida. El día que anunció su despedida en Eslava tuvo un éxito como jamás lo había tenido. El público llenó el coliseo (por única vez en la temporada) con unas ganas atroces de despedirla. Algunos bajaron a la estación para convencerse de que no era broma el viaje.

ZABALA (ATANASIO). — Guardaagujas de la Compañía ferroviaria de Madrid a Cáceres y a Portugal.

ERNESTO POLO

BUEN HUMOR se vende en Buenos Aires en la Agencia MANZANERA, Independencia, 856.



(CRÓNICA DE PARÍS)

Todo es delicioso, a veces hasta excesivamente delicioso, en este encantador París; todo está lleno de frívola amabilidad; todo nos hace reír a la vida..., menos los labios pintados de sus adorables mujercitas. ¡Le dan a uno cada susto!... ¡Son motivo de tanto trastorno!... ¡Han sido causa de tal cantidad de divorcios!... Sí; los labios pintados han dado lugar a que los hombres, en muchas ocasiones, se delatasen a sí mismos, porque no tuvieron un espejo a mano antes de entrar en su domicilio, porque a las pequeñas *gallinitas* de este *gran gallinero* es lo que más les divierte: llevar los labios muy pintados y dejar la roja marca de la rosa de su boca sobre la mejilla de los infieles esposos... ¡Y aquí, afortunadamente para ellas, casi todos son infieles!

Yo le debo a una encantadora mujercita, es decir, a unos labios muy quími-

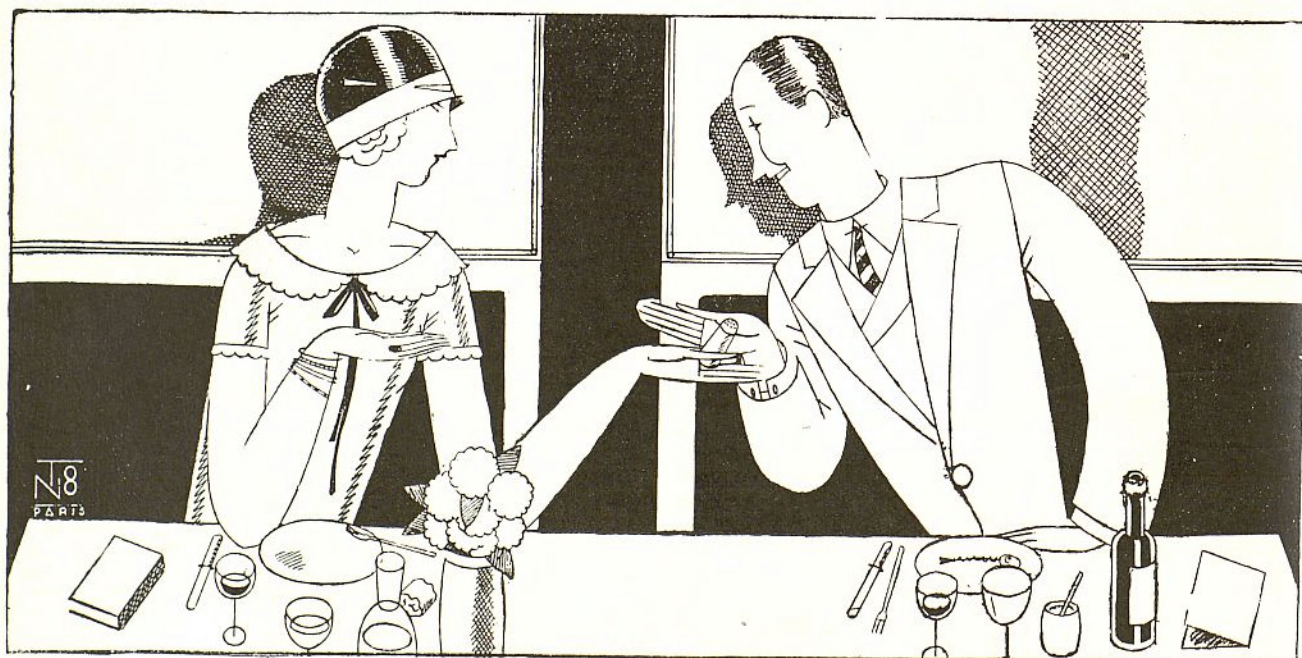
camente rojos por el arte de Coty, un susto de los que hacen época, y de los que hacen, además, muy poca gracia...

¿Que cómo fué?... Pues de manera muy sencilla. Entablé conversación en el restaurante con una de estas lindas *petite poule*. ¿Sabéis cómo se comienza una conversación en cualquiera de estos restaurantes parisinos? ¡Oh! Muy fácil. Al entrar ponéis la mirada sobre una y os sentáis muy próximos; luego le rogáis, con vuestra mejor sonrisa, que os acerque la mostaza; un poquito después, la sal; más tarde comentáis, con cierto desenfado, la confección del *menu* que os han servido... Pero hay que elevarse, porque no todo ha de ser *ragout de mouton*, y como casi todas llevan un libro — costumbre que no las diferencia de nuestras amigas las madrileñas —, le preguntáis, con mucha discreción, qué leen. Y como ninguna

pasa, en esa romántica edad de mujer, de Mürger, el de los sentimentalismos bohemios, o de Musset, tan tiernamente lírico, el comentario es muy fácil y la frase sale hecha. La simpatía, la onda cordial ya os ha envuelto. Al salir, la convidáis a café, y aquella misma tarde falta al taller..., porque estas *gallinitas* trabajan, a pesar de los *gallos* que pululan desde la Magdalena a la Plaza de la República.

Bueno. Pues una de estas *petite poule*, conocida en la forma que cuento, me tuvo preocupado, muy seriamente preocupado, casi toda la noche.

Salimos del restaurante después de la *faenita* de la sal y de la mostaza, lirilizada con pensamientos de Mürger y estrofas de Musset, y nos encaminamos a un café próximo, en donde la convencí de dos cosas: de que me amase y de que los talleres, en las tardes de



sol, no deben existir. Titubeaba entre el deber y el amor; pero un violín quejumbroso y una *divette* acatarrada vinieron en mi ayuda. Al compás de un vals, de color indefinido, pero de letra muy sentimental, salimos del café ya besándonos.

... El bosque de Boulogne; los árboles, alineados delicada y aristocráticamente; a su pie, las platabandas justas y simétricas. Y hablamos del amor y de los poetas franceses, y mi boca, varias veces, después de oírle recitar las sensuales estrofas del divino Musset, buscó la roja herida de su boca entreabierta.

Nos despedimos con mucha emoción; nos besamos repetidas veces. Al poco rato sentí un dulzor especial en la boca, un dulzor de sangre. Preocupadísimo, empecé a salivear sobre el pañuelo. No cabía duda: aquello era sangre, sangre auténtica. ¡Horror! ¡Un vómito, la tuberculosis, la muerte! Vuelvo a hacer otra vez lo mismo, y otra vez vuelvo a descubrir las rojizas hebras entre mi saliva.

¡Qué lástima! Ya tenía el triste convencimiento de que a los dos meses de vivir en París, celibatario por nacimiento, pero conquistador por devoción, había conquistado la terrible y nada simpática enfermedad que mató a la heroína de Dumas. ¡Una verdadera lástima! Y mientras recorría los bulevares en busca del restaurante al que concurre asiduamente, iba pensando, no sin cierta voluptuosidad, en las tonterías necrológicas que me acompañarán *post* la tumba, como si ya, durante la vida, no hubiera padecido bastantes...

Abri la puerta, me senté en la mesa y apoyé la frente sobre la mano — estas actitudes indican siempre gran inquietud —, conviniendo con mi mejor amigo — no es menester decir que el mejor amigo de cada uno es uno mismo — que se hacía necesario, que urgía buscar remedios para contener el avance del terrible mal. Decididamente, al siguiente día vería médicos y me trasladaría a otro clima más suave, acaso a Niza, quizás a Menton...

Levanté la mirada y noté que la dueña del restaurante, una jamona muy apetecible, me miraba y me sonreía desde su alto sitio, tras la caja.

Me relamí de gusto, pensando que le había gustado. Pero al instante reflexioné, y contuve mis ímpetus de conquistador. ¿Qué podía hacer? Era un desgraciado, moriría tempranamente.

En esto vi que la jamona se movilizó, y viniendo hacia mí con una sonrisa de amistosa burla, me dijo:

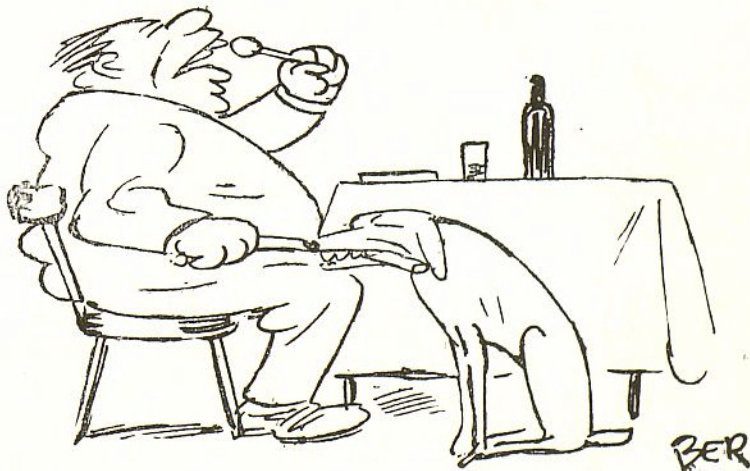
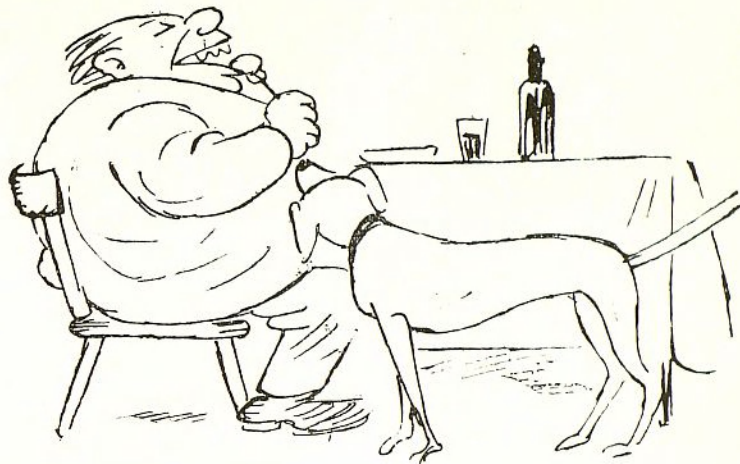
— Pero ¿qué ha hecho usted? Tiene sobre los labios media barra de Coty y es del color rojo rabioso que usa Harlette.

La enfermedad se quedó sobre la servilleta.

LUCIANO DE TAXONERA

(Dibujos de Tono.)

“MENE LA COLA EL CAN...”
(HISTORIETA SIN PALABRAS)



Dib. BERGSTRÖM. — París.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

OTROS CINCO CRÍMENES

¡Nada menos que cinco! Es un caso sorprendente de coincidencia. De coincidencia en el mal gusto. Hubiera sido casi natural, y aun se echaría de menos, si faltaba, que cualquier *currinche* tuviese la lamentable idea de escribir su drama. Podría pasar que otro segundo creyese de gran oportunidad, y al mismo tiempo excelente asunto económico, trasladar a la escena el suceso horripilante; ¡pero cinco producciones escénicas sobre la tragedia del expreso de Sevilla, eso, caballeros, es ya faltar a la reunión, a las buenas costumbres y a los más elementales deberes de caridad, no sólo con las cinco víctimas, sino con la pobre Literatura dramática, ajena por completo al hecho triste, a sus consecuencias y a sus derivaciones!

¡Y nada menos que cinco dramas obran en poder de los empresarios, según informes que llegan hasta nosotros, y que nos merecen entero crédito!

Nosotros, con todo dolor de corazón, creemos que el asunto no debe quedar así, y hasta nos atrevemos a pedir san-

ciones para los cinco, diez o quince responsables del delito. (Es sabido que en estos géneros teatrales las colaboraciones suelen abundar: son asaltos en cuadrilla). Y públicamente los acusamos de inductores al crimen, sin que tengamos que modificar tan lamentables conclusiones provisionales, sino elevarlas a definitivas.

Esos cinco dramaturgos: — o diez, o quince — son inductores a los crímenes... que se cometerán con los cómicos — y aun con ellos — el funesto día que se estrenen tales engendros...

UN ESTRENO

Benavente ha estrenado *Un par de botas*, noticia que hay que darla, porque se anunció en los carteles de las calles y en los sueltos de contaduría; pero que, como ustedes comprenderán, carece de importancia para la historia de la Literatura española.

UN CONVITE

El otro día me presentaron a una artista, guapa ella, simpática ella y con

un marido ella. También me presentaron al esposo.

En el acto — estábamos en un establecimiento céntrico — aquel caballero, muy cortésmente, me invitó a tomar café, y hubo una larga discusión porque yo me negué a aceptar el delicado obsequio, y el señor se obstinaba en que no había otro remedio que zamparse el humeante moka y «media tostada, si tenía apetito».

Como no tenía apetito ni me parecía oportuno tomar un café así de buenas a primeras, ni es mi costumbre que me conviden los cónyuges de las artistas, ni ellas, la disputa se prolongó durante algún tiempo, entre el regocijo de unos cuantos camaradas que presenciaban la divertida escena. El esposo aludido lanzó al cabo la razón suprema, convincente, mientras instaba al camarero para que me sirviese.

— ¡Nada, hombre! ¡Tómese usted eso! ¡El café, por el bombo que le dé usted mañana en el periódico a mi mujer!

Rigurosamente exacto.

MODESTIA

El otro día me mostró un fraterno camarada cierta carta que había recibido de los autores de una obra recién puesta en escena. En la misiva le daban las gracias por el tono afectuoso con que el colega se había referido a la obra.

Decía, frases más o menos:

«Quedamos muy reconocidos a los (una palabra tachada) elogios que usted nos dedica..., etc., etc.»

Por una vez hubimos de sentirnos indiscretos, puesto que nos llamaba mucho la atención aquella tachadura en medio del texto.

¿Saben ustedes lo que se había escrito y luego intentado en vano hacer desaparecer, por cuanto yo pude leerlo claramente? Pues la palabra tachada era la de *inmerecidos*.

Rasgo es éste digno de ser consignado, aun a costa de la indignación segura del camarada, que no pudo sospechar al leerlos la carta esta indiscreción que ahora cometemos.

UNA NOTA POÉTICA

En el jardín de la lírica nacional ha muerto, cantando, el Cisne...

UNA NOTA EXTRAÑA

En lo que va de semana, no se ha organizado ningún agasajo en honor de ninguna *estrella de variétés*. Lo que consignamos, no sin asombro.

José L. MAYRAL



Dib.
SÁNCHEZ VÁZQUEZ
Málaga.

LA SEÑORA.—¿Pero qué demonio haces en la cocina, que armas semejante estrépito?

LA CRIADA.—Nada, señorita; que he roto cinco platos y tres fuentes. ¡A ver si la señora es capaz de romper todo eso sin armar ruidol..



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

INGENUIDAD

— ¡Qué bien toca este hombre el violín!... Es un verdadero virtuoso.
— Sí que debe de serlo: por más que hago, no consigo ni que se treme.

LOS "ISIDROS"

Don Homobono, que generalmente es un hombre dulce y pacífico, se pone inaguantable cuando llega la primavera.

A don Homobono el mes de mayo le pone intransitable, y no es que al hombre le cause mal efecto que los árboles se vistan de hojas y que el ruiseñor trine en la enramada: el horror que le causa este mes, es porque con el ruiseñor y con las hojas vienen los *isidros*.

Don Homobono hace ya catorce meses consecutivos que alberga en su casa a la familia del tío Salustiano.

Al principio molestaban poco, porque eran pocos a molestar; pero ahora la familia ha aumentado considerablemente, y el tío Salustiano y su mujer se presentan en casa de don Homobono con toda la prole; prole que no es ninguna tontería, pues cada año traen un crío de París, sin que el temor a que ya no hay ni patatas haya hecho desistir de su acostumbro viaje al tío Salustiano en busca del nuevo chico. Don Homobono, que cada año cuenta con un *isidro* más, espera este San Isidro con verdadero pánico, pues si la cuenta no le falla, éste son trece, sin contar el matrimonio, los *isidritos* que tiene que llevar a la parada todos los días, espectáculo matutino que no perdona nunca la familia del tío Salustiano.

Con estos datos se comprenderá que don Homobono y el ruiseñor trinen al mismo tiempo.

Don Homobono da un grito y se desmaya sobre la criada, que da otro grito al recibir sobre ella el pesado cuerpo de su amo.

¡Lo que tanto temía, acaba de llegar! Sobre la mesa de su despacho está la fatal carta, anuncio y presagio de tanta molestia.

Le ha bastado leer el sobre para saber de quién es: el tío Salustiano es el único que a don Homobono Hernández le quita las dos haches, y la tranquilidad al mismo tiempo.

A los gritos acude la esposa, y, enterada del caso, trata de tranquilizar a su marido.

Coge del suelo la carta fatal y, entre otras cosas, lee: «... Llegaremos el sábado y nos estaremos hasta mediados de junio, para ver si Pedrín se repone algo y Toñuelo echa por fin la solitaria; además, os reservamos una sorpresa: yo día luz, pero no un chico, como siempre. Dios bendito, que no se cansa de hacer bien, ha querido regalarme este año con dos chicas que son dos bendiciones; no los hemos bautizado todavía, porque está muy mal que con tantos hijos como nos ha dao Dios aun no nos hayáis apadrinado ninguno, y este mal le vamos a reparar ahora, porque vosotros seréis los padrinos de estos dos últimos.»

A la señora de don Homobono, a pesar de su valor y sangre fría, la entra

un terror pánico al pensar en la catástrofe que se les avecina.

— ¡Y llegan hoy! — dice don Homobono.

— ¡Es fácil que hayan llegado! ¡Ya puede que estén camino de casa!

— ¡No; yo no lo aguantol! ¡Esto es superior a mis fuerzas!

Y don Homobono empieza a dar vueltas por el despacho, y, mientras tira al aire todas las perras que lleva en los bolsillos, grita como un loco: «¡Viva el padrino! ¡Viva el padrino!»

La señora teme por su razón, y se dispone a pedir socorro; pero al asomarse al balcón ve con espanto que ante la puerta de su casa se detiene un ómnibus, en cuyo techo vienen echados y atados, como si fuesen baúles, seis robustos muchachos; de dentro del coche sale el tío Salustiano, al que sigue su mujer y el resto de la familia; con ellos viene una cabra, que es la que ayuda a la madre en eso de dar teta a los dos neófitos.

— ¡Ya están aquí! — grita la señora.

Y como a grandes males, grandes remedios, a don Homobono se le ocurre un plan, que ejecuta mientras el cochero y el tío Salustiano desatan a los chicos. Se dirige al tocador de su señora y, cogiendo una barra de colorete, se llena la cara de puntos rojos, como si la cruel viruela hubiese hecho presa en él, y al mismo tiempo que se mete en la cama, manda salir a su señora para que prevenga a los *isidros* y les dé el susto correspondiente.

La esposa, que se hace cargo del plan, sale al descansillo y antes de que los viajeros lleguen, rompe en lamentos.

— ¡No subáis!... ¡No acercaos!... ¡Qué imprudencial!...

— ¿Qué ocurre? — pregunta el tío Salustiano, extrañado por aquel recibimiento.

— ¿Qué pasa? — dice la mujer, que sube llevando un chico en cada brazo.

— ¡No te acerques, por Dios; no deis un paso más!

— ¿Por qué chillan, madre? — preguntan los angelitos, que entre todos no pueden conseguir que la cabra suba los escalones.

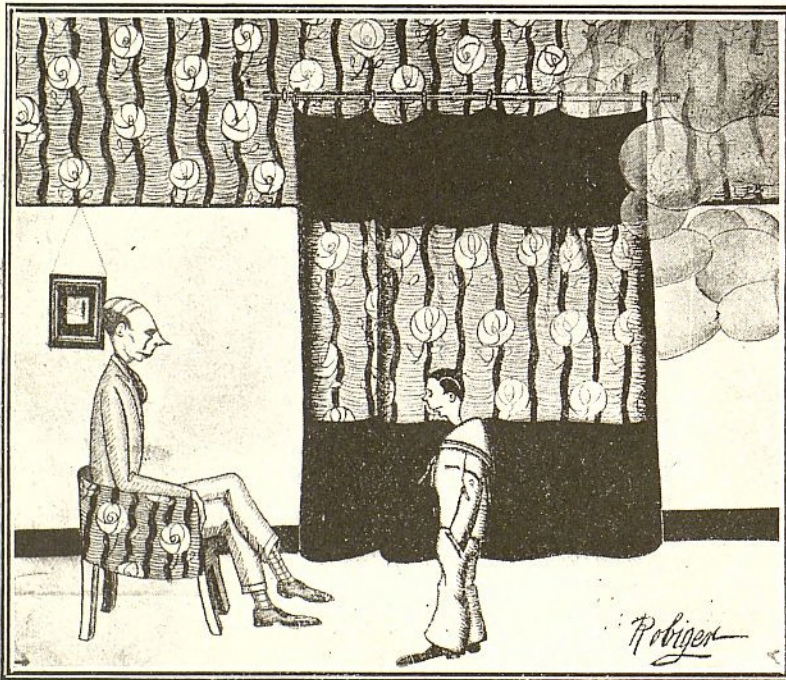
— ¡Al pobre Homobono, que le han dado las viruelas negras y está hecho un monstruo!

— ¡Ah, no te apures!...

— ¡Cómo que no me apure, si se está muriendo!

— Digo por los chicos... ¡Pasar, pasar, muchachos!... — dice el tío Salustiano, empujando a su prole —. Precisamente, acaban de vacunarlos a toos. ¡Ya veréis cómo se *arrascan!* ¡Da gloria verlos!... ¡Y por nosotros, no hay *cuidado*; no tenemos aprensión!...

A don Homobono le dan de verdad las viruelas al ver su casa invadida por aquellos desaprensivos.



Dib. ROBIGER. — Madrid.

EL SEÑOR (de visita). — ¡Niño, parece que hay fuego!
EL NIÑO. — No, señor; es que están cepillando el traje de papá...

Luis CANDELA

ALREDEDOR DEL MUNDO CURIOSIDADES Y RAREZAS

I

En Egipto, y en aquellos divertidos y coreográficos tiempos de los faraones (que, ¡¡ayll, ya no volverán), había una costumbre colosal cuando una persona pudiente y un poco distinguida se convertía en cadáver putrescible.

Consistía la tal moda en enterrar al inanimado ciudadano en compañía de tres pucheros de miel (y si era en invierno, de *arrope*); debiendo advertirles a ustedes seriamente que, tanto las succulentas confituras, como los pucheros que las encerraban, además de ser prodigiosas obras de arte, se fabricaban ex profeso para la fúnebre juerga.

Ahora, en cambio, estamos mucho más atrasados que los egipcios, porque cuando se nos muere una persona querida, es verdad que hacemos unos cuantos pucheros, pero ni llenos ni vacíos se los regalamos ni *pa* Dios al infeliz cadáver.

II

En un teatro de Búfalo actuó hace unos años una compañía de ópera formada exclusivamente por enanos.

Pero se daba el caso absurdo de que, abundando las tiples, los tenores y los barítonos que era un espanto, no había un solo bajo en toda la *troupe*.

III

Un crítico musical madrileño le dió el otro día *un bombo* a la banda municipal.

Y el maestro Villa está preocupadísimo, porque no encuentra quien lo toque.

IV

Franco Rodríguez no se explica cómo puede haber en el mundo lenguas muertas.

V

El número de devaneos que ha tenido *Chelito* en esta vida se ha calculado que es igual a diez millones multiplicados por la unidad seguida de ceros (de un millón de ceros), y sumados a los cuatrillones que constituyen actualmente la Deuda flotante alemana, y vueltos a multiplicar por quinientos treinta y siete, más uno..., más otro..., más otro..., y otro más..., y otro..., y otro..., etcétera, etc..., etc... ¡¡No sigo, porque me cansoll...

VI

La primera mosca (y la última, porque no fué nada más que una) a la que se le ocurrió pasearse por la nariz de Sánchez Toca, se murió reventada de fatiga.

VII

En Constantinopla, cuando un hombre está borracho, es precisamente cuando no puede coger una turca.

Y es sencillamente porque ellas no se dejan, porque las molesta un horror el olor del Valdepeñas.

VIII

Se cuenta que a Romanones le regaló un campo de labor de varias fanegas un admirador suyo, cuando todavía no había venido el Directorio. La tal tierra

estaba un poco necesitada de guanos y sulfatos; pero ni el conde se ocupó de ello, ni volvió a pensar en agradecer la donación. Falleció el donante, vino el Directorio, y cuando el inclito Figueroa recordó que poseía una finca más, corrió a posesionarse de ella, con el temor de que el hijo del fallecido se volviese atrás.

Y sucedió una cosa sorprendente: que el susodicho hijo, sonriente y amable, como si no hubiese pasado nada, le dijo a Romanones:

— Señor conde, le advierto a usted que esta tierra es buena; pero hay que abonarla en seguida.

A lo que Romanones contestó:

— ¡¡Que la abone Rita!!

NÉSTOR O. LOPE

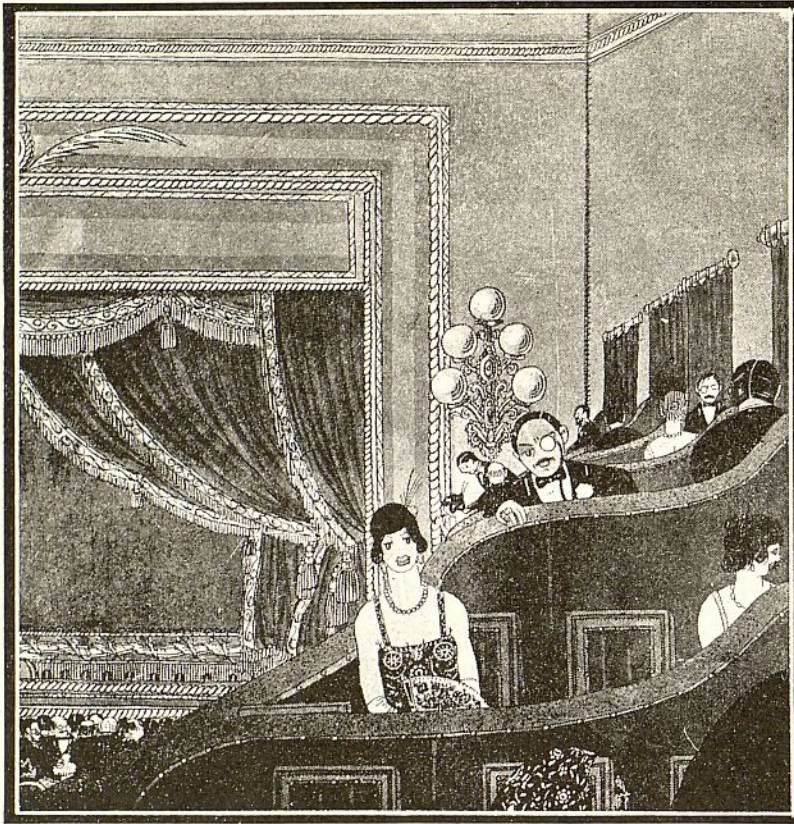


Dib. AURELIO. — Madrid.

EL. — *Te quiero con arroba...*

ELLA. — *¿Con arroba? ¡Mientes!*

EL. — *¡Con arroba... miento!*



— ¿No han venido las de Troncoso?

Dib. ALCALÁ DEL OLMO. — Madrid.

— No; como su mamá es tan severa, no quiere que las niñas vengan cuando es repertorio Verdi...

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

T . S . H .

La telefonía sin hilos es un tema de moda, y éstos no deben desperdiciarse, porque a la temporada siguiente ya no se llevan y están pasados de actualidad, como un polisón o un macfarlán.

Cada día son más los aparatos que se construyen para beber de la misma fuente radiofusora.

Personas que antes sólo se atrevían a arreglar la instalación eléctrica de sus casas o a echar agua a las pilas de los timbres, hoy se compran sus aparatos, por piezas sueltas, para irlos componiendo con admirable paciencia.

Esas personas, cuya vida era sencilla y apacible, se ven ahora envueltas en terribles preocupaciones científicas.

Yo conozco a un tal que, siguiendo indicaciones de un amigo suyo, empezó a construirse un aparato. Quizás por su poca destreza tardó algunos meses en poner en condiciones la instalación.

Sólo pensaba ya en válvulas, en electrodos, en micrófonos, en baterías de acumuladores, en tubos de vacío, en detectores y en microamperios.

Para su honra, digo que no era uno de esos hombres que compran las cosas hechas y gozan de ellas ociosamente.

Si él hubiera comprado un aparato de los que se venden, se habría ahorrado seis veces el coste del suyo; pero ¿y el orgullo de construirlo y estropear las piezas él mismo, de perder cuatro meses él mismo? Eso no se paga con nada.

Llegó un momento, después de haber gastado su sueldo en piezas sueltas, en que si se ponía el auricular percibía algo así como el zumbido de un moscardón. Apretó algunos tornillos, arregló algunos conmutadores, colocó el altavoz y se sentó junto al aparato, puestas todas las esperanzas de su vida en las ondas. Era noche en que la Radio Ibérica había prometido a sus parroquianos una audición de la ópera del Real.

Mi conocido, ¡claro está!, obraba a espaldas de la Radio Ibérica, aprovechándose furtivamente de las ondas que no había pagado. En lo imperfecto de su aparato casero llevó el castigo merecido.

En vez de oír los actos de ópera que

recogerían los aparatos difusores en la misma batería del escenario, sólo percibió, ignoro por qué confusión radiotelefónica, aunque sí muy claramente, todo lo que hablaban en la taquilla del teatro.

— Déme dos butacas... ¿Hay palcos de arriba?... No quedan entradas generales... ¿Me hace el favor?... ¿Unas localidades que hay reservadas a nombre del señor García?... Catorce cincuenta... Así toda la noche.

Pero mi conocido era tenaz y había decidido oír correctamente.

Compró nuevas piezas, y al cabo de dos meses me decía emocionado, lleno de entusiasmo, que de aquel dinero gastado, de aquel esfuerzo y tiempo perdido, pudo resarcirse en un solo día.

En la tarde de un domingo oyó, en un concierto de fonógrafo que dió la Radio Ibérica, la jota de *Benamor* y el fox-trot de *La montería*. Por la noche de este día feliz oyó, de once a tres de la madrugada, un discurso electoral pronunciado en Cardiff por un candidato del partido laborista, en el inglés más correcto.

Compréndase el gozo de este hombre. Ya se sabe que ni el sonido de un fonógrafo ni el fox-trot de *La montería* son cosas excesivamente gratas, o que un discurso de cuatro horas pronunciado en una lengua desconocida sea escuchado con entusiasmo; pero en estas cosas hay gran diferencia entre oír las de cerca o percibir las por el aire.

El que un señor hable conmigo, parados en una misma acera, del asunto más interesante y productivo del mundo, no puede tener el mismo encanto que si oigo recitar, desde Londres, un poema de Wordsworth en su lengua original, tan virgen para mis conocimientos.

Mi conocido, entre algún que otro concierto interesante, ha oído una conferencia de M. Jean sobre la vida de Rubens, y otra del doctor Favou de Courmelles sobre «La propiedad científica», ambas pronunciadas en París, y en francés. Y no sólo esto: en sus sesiones de radiotelefonía ha dedicado una gran atención a las ondas inglesas, y dice a sus amigos cómo tuvo el gusto de oír una conferencia de Florence Th. Smith sobre «Mujeres notables del siglo XVIII: Fanny Burney», y otra de Mr. Martin Shaw sobre compositores primitivos franceses, de la onda de Londres; otra conferencia sobre «Entomología», dada en Bournemouth, con gran éxito, y otra sobre la música en tiempos de Shakespeare, por Mr. Ph. Wilson, que apasionó a sus oyentes de Newcastle.

Por último, cuando se acuerda de la comedia que se radiotelefonó desde Manchester, original de H. Toplis y titulada *Archie and the Ku-Klux-Klan*, se le saltan las lágrimas de entusiasmo.

Ahora está más decidido que nunca a aprender francés e inglés.

José LÓPEZ RUBIO



Dib. AREUGER. — Madrid.

— Pase usted sin miedo.
— ¿Muerde?
— ¡Ahora veremos; me lo han traído
esta mañana!...

DEL BUEN HUMOR AJENO

PARA NO SER ENGAÑADO, por Jean Rameau

I

Anibal des Houlettes se casó y fué engañado. Se divorció y se volvió a casar.

Fuó engañado nuevamente: volvió al divorcio, y por tercera vez escogió esposa y...

— ¡Ah, esto es espantoso! — se lamentaba Anibal, que agotaba su paciencia.

II

Apretándose la cabeza entre las manos, se preguntaba si no encontraría un medio eficaz de aliviar la suerte verdaderamente lastimosa de los hombres casados.

— ¡Yal ¡Yal — lanzó de pronto, con el ánimo halagado por una idea genial.

Y resuelto a casarse por cuarta vez, para hacer una suprema experiencia, se puso a buscar esposa.

III

— He aquí la solución — exclamó Anibal encontrando abandonada una niña.

Y recogiendo a la criatura, se presentó en casa de un médico.

— ¿Qué edad puede tener esta niña?

— Ocho días.

— ¿Cree usted que presenta garantías suficientes de moralidad e inocencia?

El doctor reflexionó.

— No tengo duda en afirmarlo — dijo.

— Gracias, señor.

Y Anibal, después de cubrir el rostro de la niña con un velo, se marchó a su casa.

IV

Hizo construir una gran torre, y encerró a la niña en todo lo alto, donde no se veía más que el cielo. Una muralla circular ocultaba el horizonte, y una tela metálica más alta que la torre impedía que se aproximasen los pájaros.

La niña creció sin conocer a otra persona que a Anibal. Más tarde, cuando la niña solicitaba visiones nuevas, Houlettes, para habituarla al espectáculo de la Naturaleza, que debía conocer una vez casada, hizo dibujar en el muro árboles que en verano pintaba de verde y de amarillo en invierno, y en las ramas colocó cinco o seis ruiseñores mecánicos que lanzaban trinos y volaban a lo largo de invisibles hilos. Todo esto hacía una Naturaleza de buen tono, como la descrita en los libros morales.

V

La joven llegó a los veinte años, y Anibal, cumplido el momento de la terrible prueba, la hizo descender de su torre y se casó con ella.

— Si ésta me engaña, renuncio definitivamente al matrimonio — se decía Houlettes, y se dispuso a poner en práctica su plan trazado hacia veinte años.

VI

Se aproximó a su esposa, y la dijo:

— Ahora quiero darte una prueba de mi amor.

Y cerrando la puerta misteriosamente, sacó de una cómoda un saco lleno de cartones y pequeños discos numerados.

— ¿Qué haces, Anibal?

— El amor — dijo con voz apasionada, y enseñó a su mujer el juego de la lotería.

VII

La señora de Anibal se aburría mucho.

— ¿Es a esto a lo que se juega cuando se ama? — preguntó después de haber hecho varios quinteros.

— A esto.

— ¡Pues sí que es gracioso!

— De este modo — se dijo Anibal al apagar la luz a las dos de la mañana —, si mi mujer me engaña un día con otro, creará que es preciso jugar a la lotería, y esto no es muy grave.

Y se durmió en la mayor tranquilidad.

VIII

Pero he aquí que la señora de Anibal estaba dulce, tierna, cariñosa.

Des Houlettes se aperció la segunda noche, cuando se preparaba a darle una segunda sesión de lotería.

El no pudo resistir el deseo de abrazarla.

— ¡Oh, Anibal! — dijo la joven emocionada —. Y esto, ¿qué es?

— ¿Esto? — gruñó Anibal desconcertado —. Esto es..., esto demuestra que estoy enfadado.

Y contento de su treta, roncó satisfecho aquella noche.

IX

Esta educación original hizo que la señora de Anibal fuese para él la persona más virtuosa y fiel de toda la Francia.

Houlettes, triunfante, escribió un libro titulado *El consejero de los maridos*, que se proponía enviar a todas las Sociedades humanitarias del mundo.

Cuando se ocupaba de corregir las pruebas, vió venir a su mujer encarnada y llorosa una tarde.

— ¡Ah, miserable! — gritaba.

— ¿De quién hablas?

— De tu primo Pablo, ¡que ha querido probarme su amor jugando a la lotería!

— ¡Ah, infame!

— Descuida, Anibal — repitió la adorable joven sonriendo y mostrando sus blancos dientes —. Le he rechazado con indignación y le he sabido demostrar...

— ¿El qué?

— ... mi enfado.

A. R. H.



Dib. FONTELA. — Madrid.

— Parece, amigo, que hoy hace un poquillo de fresquito...
— ¡Lo peor es la humedad!

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
 APARTADO 12.142
MADRID

H. M. M. Barcelona. — ¿Dice usted que si le rechazamos el artículo, le va a costar quince días de cama?... ¡Pues ya puede usted irse acostando!...

CALZADOS LLORENTE
 Carmen, número 25.
 Los mejores de Madrid.
 A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

García. San Sebastián. — Envidiosos usted su dirección para escribirle particularmente.
Antoné Rimí. Zona de Melilla. — Su «Paseo afortunado», no es todo lo afortunado que hace falta para

algo... ¿Llegará usted?; Escriba en llegando!... Pero escriba lo mejor posible, ¿eh?

El chistoso de Dueñas. — Su artículo se titula «Siempre lo mismo». ¿Nuestra contestación?; Siempre la misma! ¿Que no «pue» ser! (Con música, o sin ella, como usted lo prefiera.)

Luis de Palma.
 Su sencillo «Panorama» es una linda camama.

M. Rojas.
 Su breve «Impresión de estética» es algo «malapatética».

Doña C. P. V. Poble de Sillet.
 Su pobre «Don Anacleto» es un desastre completo.

J. A. A. P. Zaragoza.
 Y lo de usted no es tampoco para volverle a uno loco.

G. L. Murcia. — Sencillo imposible. ¡Así!; Corto... y ceñido!
Henri Rohier. Gijón. — Eso de confundir a un sacerdote con una dama transeúnte, es más decrepito que el abuelo de nuestro antiguo amigo y compañero en la Prensa, Noé.

E. A. F. Madrid. — Su «Paraguas» tiene muy mala «sombrija».

Lucio Séneca. Gijón. — No nos convence la forma, aunque la idea si nos ha hecho gracia. Es para desarrollarla de otra manera.

Ecrán. Valladolid. — Demasiado bufo y descomunadamente exagera-

poco de ligereza de estilo, quizás por no ser el castellano la lengua en que más se ha expresado usted. Los asuntos son un poquillo transcendentales, y no nos llegan a convencer. No obstante, confiamos en que usted dé en el difícilísimo «quid» y pueda hacer cosas que nos sirvan.

F. J. G.-P. Madrid. — ¡Eso es faltar a la reunión, amiguito!; Y un poco a la moral también!; El realismo no se lo admitimos más que a Zola!; Para nosotros, que somos a veces un poco andaluces, «zólo» Zola!

M. G. B. Escorial de Abajo. — ¡Imitaciones de lo que aquí esta-



MEDEL
 GRAN VÍA, 18
 JUGUETES
 COCHES DE NIÑO

mos ya hartos de hacer?; ¡Preferimos el inmundo y alevoso veneno de los Borgias!...

J. A. M. Zamora. — Le extraña-

Máquina de escribir
UNDERWOOD
 La mejor del mundo.
 Modelos modernos.
ALCALÁ, 39. — MADRID

quiere, vuelva otro día; pero con otra cosa de más sustancia que la que hoy nos ofrece... Y que no se la tomamos, ¡claro está!

L. R. M. Madrid. — Versifica usted peor que Cavestany, Jackson Veyan y Carulla, reunidos.

M. M. del V. Madrid. — Su conversación con Luisita Esteso no nos

La nitidez de tus dientes desde lejos se percibe, y es que usas para limpiarlos Licor del Polo de Orive.

ha conmovido. Para hacer un artículo gracioso hablando con una cancionista, hay que hablar con Dios, ¡créanos usted!

Fe Calba. Madrid. — Su ingeniosidad «Principio de una tragedia», es una tragedia entera. ¡Sobre todo para el pobre redactor que se la ha tenido que leer, que no se ha ahorrado en una encina por milagro, y porque no había encinas cerca!

D. P. del A. Almería. — Lo uno es irreverente. Lo otro, demasiado Gómez de la Serna. Y, sin embargo,

BUEN HUMOR se vende en LONDRES en Coin de France, Ltd.
 17, Green Street, Leicester Sq.

publicarlo en nuestras salomónicas columnas.

F. C. y C. — Ni «El incendio de Roma, según la Prensa», ni «De re Panraciana», son trabajos que, según nuestra humilde y despreciable opinión, puedan interesar a nuestros lectores.

M. Q. S. — La misma impresión

Bodegas de los CEAS
 Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.
 Alberto Aguilera, 29. Teléfono J. 10 59.

hemos sacado (aparte de sacar la cabeza caliente y los pies fríos) de su divagación titulada «La aristocracia de un pueblo».

Equirne Giup. Vigo. — Poco humorístico y poco interesante.

M. B. G. Valencia. — Muy vulgarcetes sus tres trabajetes, aunque se vislumbra en ellos una noble intención de llegar a hacer

FAJAS DE GOMA
 Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
 Teléfono 48-00.

CASA JIMÉNEZ
 Primera casa en
OBJETOS PARA REGALOS
 Aparatos fotográficos.
 Cinematografía.
 Preciados, 58 y 60.



HERNIAS
 Bragueros científicamente.
 J Campos
 único MEDICO
 ORTOPEDICO
 de MADRID
 Augusto Figueroa 8

las dos cosas están bien hechas. ¡Maldita sea la pena!; Con las ganas que tenemos de darle a usted una satisfacción! (Y no por las armas!; ¡Ojo!)

A. L. Madrid. — Aceptamos y publicaremos sus despampanantes

ALBERTO RUIZ
 JOYERÍA. — CARRETAS, 7.
 Pulseras de pedida.
 A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

do. Además, tiene chistes que ya se han hecho viejos de las veces que han aparecido en las dóricas columnas de BUEN HUMOR.

rá a usted que hayamos tardado en contestarle, ¿verdad? Pues los dos meses los hemos empleado, sin hacer otra cosa, en leer su kilométri-

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE
 VIUDA DE CELESTINO SOLANO
 Primera marca mundial. **LOGRONO**

A. P. G. — Su composición, que usted titula, con una ortografía futurista, «Más miedo que berguenza», es una categórica ignominia de la que debe usted arrepentirse; pero que a escape.

A. A. y T. Barcelona. — En sus tres trabajos creemos notar excelentes condiciones, aunque un

co artículo. Menos mal que, en compensación, sólo hemos tardado un cuarto de minuto en arrojarlo al insaciable cesto.

M. Z. Melilla. — Irremediablemente espantoso su también larguísimo poema.

Pargas Llamo. — No llame usted, que no estamos en casa. Si

cuartillas tituladas (aunque el título sólo va en la primera, suponemos que todas se titularán lo mismo) «Orígenes». ¡Reciba nuestra felicitación!

J. Martín. Madrid. — Su novela corta (mejor dicho, su novela larga) «La estrella de Manolo» no cabe en este periódico, aunque nos estrechásemos todos los redactores hasta incrustarnos los unos en los otros, y todos en el director.

AMADOR
 FOTÓGRAFO
 PUERTA DEL SOL, 13

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Se habla de un temblor de tierra en un pueblo del Japón. Y pregunta una dama a un japonés presumido:

— ¿Habrán tenido ustedes un miedo atroz?

— Sí, señora. ¡Pero la tierra temblaba mucho más que nosotros!

Rafael Garcia Palencia. — Madrid.

— ¿Cuál es el melón que más corre?

— El «meloncipedo».

K-nguro.

— ¿En qué se parecen un ciego y un torero en invierno?

— En que van a «tientas».

Manuel Mingo.
Ciempozuelos.

— ¿En qué se parecen los árboles del Retiro a mí?

— En que no damos tabaco.

Angel González.

— ¿Por qué les ponen herraduras a los caballos?

— Porque no se las pueden poner ellos.

Santiago Santacréu. — Madrid.

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

— Oye, Doroteo, ¿no sabes que tengo otro hijo más?

— ¡Chico, enhorabuena!... Y tu mujer, ¿está bien?

— Ahora, sí. ¡Pero cuando se entere...!

C. Porrillo.

— Sí, hombre. Tuya y mía.

— Pues vamos a venderla.

Masto. — Madrid.

En una fonda económica.

— ¡Mozo, esta sopa tiene una mosca!

— ¡A ver si es que quiere usted que tenga una gallina, por cuarenta céntimos!

Eugenio Blanca Baglietto.
Larache.

El día de Reyes.

El niño. — Mamá, los Reyes Magos no han pasado por el cuarto de la doncella.

La mamá. — ¿Por qué lo dices, Pepito?

El niño. — Porque allí están las botas del ayuda de cámara y no tienen nada.

Enrique Soria. — Madrid.

El colmo de un buen padre:
Ver llorar a su niño, y hacerle papilla.

Rigoletto.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Boca sana -:- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTÉS, HERMANOS.-BARCELONA

— ¿En qué se parece el verdugo al sastre?

— En que el sastre corta tela, y el verdugo «te la corta».

Chigui. — Madrid.

— ¿Qué hombres son los que no pueden pegar los ojos ni de noche ni de día?

— Los tuertos.

Antosuna. — Córdoba.

Entre artistas.

— A Hugues no le quieren contratar en Parísh.

— Que haga lo que French, el equilibrista, que, como en el circo no ganaba para comer, ha puesto una Academia «de canto», y se sostiene.

M. Pere A. — Madrid.

El sargento. — Oye, Pérez, ¿qué es eso de salirse de la fila haciendo la instrucción?

El quinto. — ¡Rediez! ¡Está usted toa la tarde fuera, y toavía no le he dicho na!

G. L. — Murcia.

El colmo de un fondista.

Tener «las pupilas» malas.

Angel F. de Córdoba.

El colmo de un agente de Policía bizco.

Mirar contra el Gobierno.

Andrés Ortiz. — Bilbao.

— ¿Cuál es el traje más pequeño y que da más trabajo al sastre?

— El «trajín».

Vicente Mustarós.
Barcelona.

Cortesía entre «apaches».

— Oye, Gibassier, ¿es tuya esa pistola?



Blancura de cutis se obtiene
con el empleo de
Crema BELLA AURORA

ÚNICO REPRESENTANTE EN ESPAÑA
ANTONIO DALMAU
BALMES, 51. — BARCELONA -5-

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTA'

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

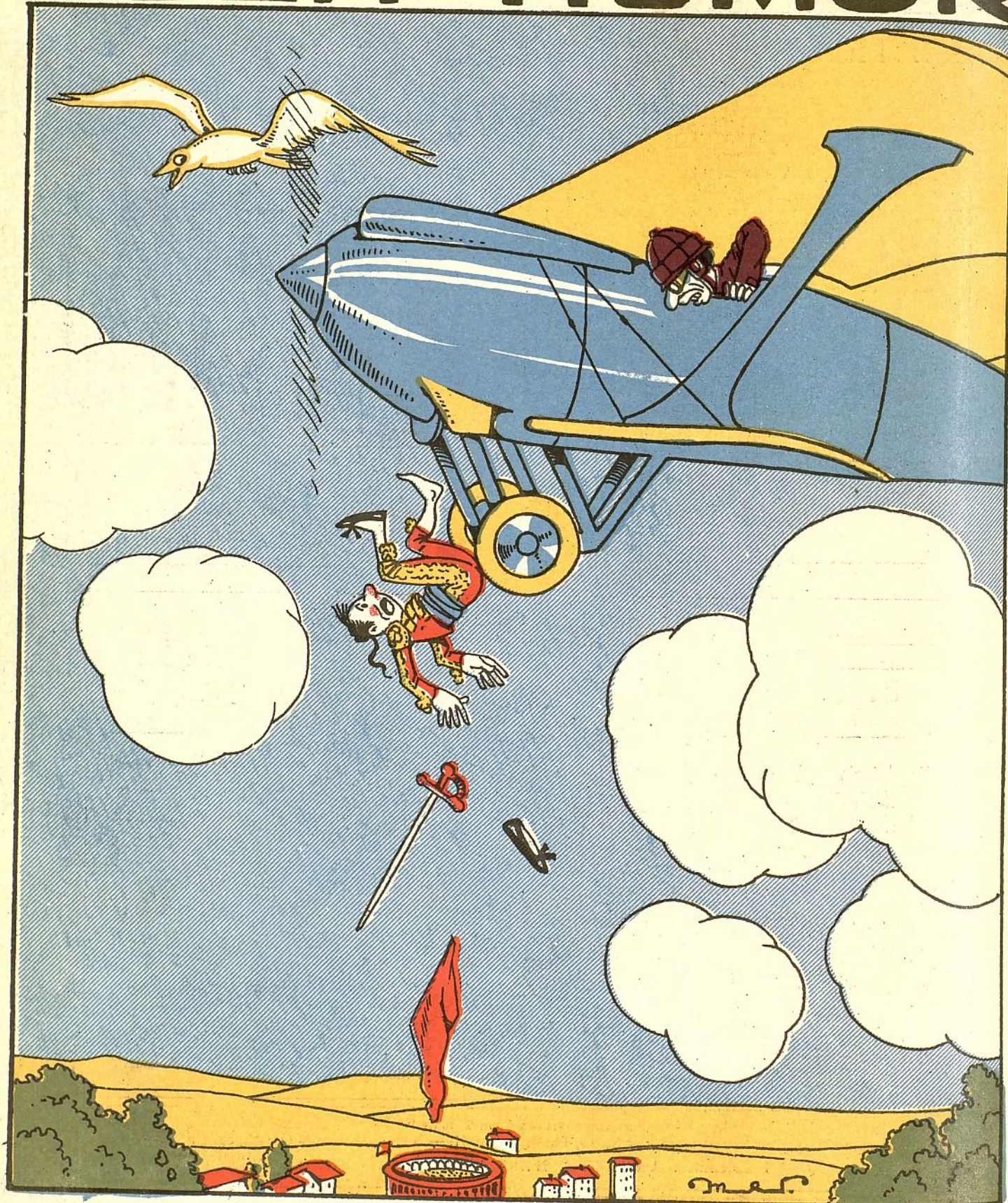
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinoso. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR BU



Atropello no previsto en ningún Código.
Ayuntamiento de Madrid

Dib. MEL.—Madrid.